

Portavoz de la Gracia

NÚMERO 42

RESURRECCIÓN

*“Resucitó al tercer día, conforme
a las Escrituras”.*

1 Corintios 15:4

Nuestro propósito

*“Humillar el orgullo del hombre, exaltar la gracia
de Dios en la salvación y promover santidad
verdadera en el corazón y la vida”.*

Portavoz de la Gracia

42

Resurrección

Contenido

“Ha resucitado el Señor verdaderamente”	3
<i>Charles H. Spurgeon (1834-1892)</i>	
El hecho de la resurrección de Cristo	6
<i>J. C. Ryle (1816-1900)</i>	
La gloria de la resurrección de Cristo	9
<i>Albert N. Martin</i>	
La evidencia de la resurrección de Cristo	15
<i>William S. Plumer (1802-1880)</i>	
Los beneficios de la resurrección de Cristo	24
<i>Thomas Manton (1620-1677)</i>	
El poder de la resurrección de Cristo	31
<i>George Whitefield (1714-1770)</i>	
Resurrección y santificación	36
<i>David Martyn Lloyd-Jones (1899-1981)</i>	
Cristo, las primicias	45
<i>Charles H. Spurgeon (1834-1892)</i>	

Publicado por Chapel Library
*Enviando por todo el mundo materiales centrados
en Cristo de siglos pasados*

© Copyright 2022 Chapel Library, Pensacola, Florida, USA.

En todo el mundo: Por favor haga uso de nuestros recursos que puede bajar por el Internet sin costo alguno, y están disponibles en todo el mundo. In **Norteamérica:** Por favor escriba solicitando una suscripción gratis. *Portavoz de la Gracia* se publica dos veces al año. Chapel Library no necesariamente coincide con todos los conceptos doctrinales de los autores cuyos escritos publica. No pedimos donaciones, no enviamos promociones, ni compartimos nuestra lista de direcciones.

En los Estados Unidos y en Canadá para recibir ejemplares adicionales de este folleto u otros materiales cristocéntricos, por favor póngase en contacto con

CHAPEL LIBRARY
2603 West Wright Street
Pensacola, Florida 32505 USA
chapel@mountzion.org • www.chapellibrary.org

En otros países, por favor contacte a uno de nuestros distribuidores internacionales listado en nuestro sitio de Internet, o baje nuestro material desde cualquier parte del mundo sin cargo alguno.

www.chapellibrary.org

“HA RESUCITADO EL SEÑOR VERDADERAMENTE”

Charles H. Spurgeon (1834-1892)

“Acuérdate de Jesucristo, del linaje de David, resucitado de los muertos conforme a mi evangelio” (2 Timoteo 2:8).

Nuestra salvación depende de la encarnación¹, vida, muerte y resurrección de Jesús. El que cree correctamente en estas verdades, ha creído en el Evangelio²; y, creyendo en el Evangelio, encontrará, sin duda, salvación eterna en él.

Pero los hombres quieren novedades. No pueden soportar que la trompeta emita siempre, el mismo sonido. Anhelan alguna fantasía³ fresca cada día. “El evangelio con variaciones” es la música para ellos. “El intelecto es progresivo”, dicen. Deben, por tanto, marchar más allá que sus antepasados. Una deidad encarnada, una vida santa, una muerte expiatoria y una resurrección literal —habiendo escuchado estas cosas durante casi diecinueve siglos— están un poco rancias y la mente cultivada tiene hambre de un cambio del anticuado maná.

Aun en la época de Pablo, esta tendencia era manifiesta. Así que trataron de considerar los hechos como misterios o parábolas, y se esforzaron por encontrar un significado espiritual en ellos hasta que llegaron a negarlos como hechos reales. Buscando un significado oculto, pasaron por alto el hecho mismo, perdiendo la sustancia en una necia preferencia por la sombra. Mientras Dios ponía ante ellos acontecimientos gloriosos que llenaban el cielo de asombro, ellos mostraron su necia sabiduría, aceptando los simples hechos históricos como mitos que debían ser interpretados o enigmas que debían ser resueltos. El que creía como un niño pequeño fue apartado como un tonto para que el disputador y el escriba pudieran venir a mistificar la simplicidad y ocultar la luz de la verdad. De ahí que hayan surgido un tal Himeneo y un tal Fileto “que se desviaron de la verdad, diciendo que la resurrección ya se efectuó, y trastornan la fe de algunos” (2 Ti. 2:18). Vayan al versículo diecisiete y

¹ Ver Portavoz de la Gracia N° 38: *Encarnación*. Disponible en CHAPEL LIBRARY.

² Ver Portavoz de la Gracia N° 8: *El Evangelio*. Disponible en CHAPEL LIBRARY.

³ **Fantasía** – Composición instrumental de forma libre y de estilo improvisado.

léanlo ustedes mismos. ¡Han negado⁴ la resurrección! Hicieron que significara algo muy profundo y místico; y, en el proceso, descartaron la resurrección real por completo.

Entre los hombres, todavía hay un anhelo de nuevos significados, refinamientos sobre antiguas doctrinas y espiritualizaciones⁵ de hechos literales. Arrancan el [corazón] de la verdad y nos dan el cadáver, relleno de hipótesis, especulaciones⁶ y mayores esperanzas... El apóstol Pablo anhelaba que Timoteo, por lo menos, se mantuviera firme en el antiguo testimonio y entendiera en su pleno sentido, sus testimonios del hecho de que Jesucristo de la simiente de David, resucitó de entre los muertos.

Dentro del alcance de este versículo, se registran varios hechos: Primero, está aquí la gran verdad de que Jesús, el Hijo del Altísimo, fue ungido por Dios. El Apóstol lo llama “Jesucristo”, es decir, el ungido, el Mesías, el enviado de Dios. También lo llama “Jesús”, que significa Salvador; y es una gran verdad que Aquel que nació de María, Aquel que fue puesto en el pesebre de Belén, Aquel que amó y vivió y murió por nosotros, es el Salvador ordenado y ungido de los hombres. No tenemos ni un momento de duda sobre la misión, el oficio y el designio de nuestro Señor Jesús; de hecho, la salvación de nuestra alma depende de que Él haya sido ungido por el Señor para ser el Salvador de los hombres.

Este Jesucristo fue real y verdaderamente hombre⁷. Pablo dice que era “del linaje de David” (Ro. 1:3). Es cierto que era [deidad] y que su nacimiento no fue a la manera ordinaria de los hombres; pero aun así, fue en todos los aspectos partícipe de nuestra naturaleza humana y procedía del linaje de David. Esto también lo creemos. No somos de los que espiritualizan la encarnación y suponen que Dios estuvo aquí como un fantasma⁸ o que toda la historia, no es más que una leyenda instructiva. No, más bien, el Hijo de Dios estuvo entre los hombres en carne y hueso; hueso de nuestro hueso y carne de nuestra carne fue Él en los días de su permanencia aquí abajo. Sabemos y creemos que Jesucristo ha venido en la carne. Amamos al Dios encarnado y en Él ponemos nuestra confianza.

También está implícito en el texto que Jesús murió; pues no podría resucitar de entre los muertos si antes no hubiera descendido entre los muertos y sido uno de ellos. Sí, Jesús murió. La crucifixión⁹ no fue una ilusión.

⁴ **Negado** – En el original en inglés, la palabra es “*spirited away*” que significa, literalmente, “*hacer desaparecer*”. Según el contexto, quiere decir darle un significado secreto.

⁵ **Espiritualizaciones** – Interpretaciones en un sentido espiritual, en vez de literal.

⁶ **Hipótesis, especulaciones** – Teorías y opiniones basadas en evidencias incompletas.

⁷ Ver Portavoz de la Gracia N° 14: *La persona de Cristo*. Disponible en CHAPEL LIBRARY.

⁸ **Fantasma** – Algo que aparece a la vista, pero que no tiene sustancia; espectro.

⁹ Ver Portavoz de la Gracia N°15: *La obra de Cristo* y N°36: *Cristo en la cruz*. Ambos disponibles en CHAPEL LIBRARY.

La perforación de su costado con una lanza fue una prueba clara y evidente de que estaba muerto: Su corazón fue traspasado y brotaron de él, sangre y agua. Como un hombre muerto, fue bajado de la cruz, llevado por manos amables y puesto en la tumba virgen de José. Me parece ver su pálido cadáver, blanco como un lirio. Nota cómo está manchado con la sangre de sus cinco heridas, que lo hacen rojo como la rosa. Mira cómo [le envuelven] en lino fino con especias aromáticas y [le dejan] pasar su Sabbat¹⁰ solo, en el sepulcro excavado en la roca. Ningún hombre en este mundo, estuvo más seguramente muerto que Él. “Y se dispuso con los impíos su sepultura, más con los ricos fue en su muerte” (Is. 53:9). Como muerto, lo depositaron en el lugar de los muertos con un lienzo, ropas mortuorias y vestiduras propias de una tumba. Luego hicieron rodar la gran piedra en la boca del sepulcro y lo dejaron, sabiendo que estaba muerto.

Luego, viene la grandiosa verdad: Tan pronto como al tercer día, el sol comenzó su brillante circuito, ¡Jesús se levantó de nuevo! Su cuerpo no se había descompuesto, pues no era posible que lo sagrado viera corrupción; pero aun así, había estado muerto. Y por el poder de Dios —por su propio poder, por el poder del Padre, por el poder del Espíritu, pues se atribuye a cada uno de ellos a su vez— antes de que saliera el sol, su cuerpo muerto fue vivificado. El corazón silencioso comenzó a latir de nuevo y, a través de los canales estancados de las venas, la sangre vital comenzó a circular. El alma del Redentor volvió a tomar posesión del cuerpo y éste volvió a vivir. Allí estaba Él, dentro del sepulcro, tan verdaderamente vivo en todas sus partes como lo había estado siempre. Literal y verdaderamente, en un cuerpo material, salió de la tumba para vivir entre los hombres hasta la hora de su ascensión al cielo. Ésta es la verdad que todavía debe ser enseñada, imposible de refinar y, espiritualizarla, que nadie se atreva. Éste es el hecho histórico del que fueron testigos los apóstoles. Ésta es la verdad por la cual los que confesaron su Nombre, sangraron y murieron. Ésta es la doctrina, la cual es la piedra angular del arco del cristianismo y los que no la sostienen, han desechado la verdad esencial de Dios. ¿Cómo pueden esperar la salvación de sus almas si no creen que “ha resucitado el Señor verdaderamente” (Lc. 24:34)?

Tomado de un sermón predicado en la mañana del Día del Señor, 9 de abril de 1882, en el Tabernáculo Metropolitano, Newington.

Charles H. Spurgeon (1834-1892): Influyente predicador bautista inglés; nacido en Kelvedon, Essex, Inglaterra.



¹⁰ **Sabbat** – Día de reposo.

EL HECHO DE LA RESURRECCIÓN DE CRISTO

J. C. Ryle (1816-1900)

“No está aquí, sino que ha resucitado” (Lucas 24:6).

La resurrección de Cristo es una de las grandes piedras angulares de la religión cristiana... [Lc. 24:1-12] dirige nuestra mente a la evidencia de la resurrección. Contiene una prueba irrefutable de que Jesús no sólo murió, sino que resucitó.

Vemos, en los versículos que tenemos ante nosotros, *la realidad de la resurrección de Cristo*. Leemos que “el primer día de la semana” (24:1), algunas mujeres fueron al sepulcro en el que se había puesto el cuerpo de Jesús para unirlo. Pero cuando llegaron al lugar, “hallaron removida la piedra del sepulcro; y entrando, no hallaron el cuerpo del Señor Jesús” (24:2-3).

Este simple hecho es el punto de partida de la historia de la resurrección de Cristo. El viernes por la mañana¹, su cuerpo estaba a salvo en la tumba. El domingo por la mañana, su cuerpo había desaparecido. ¿A manos de quién había sido retirado? ¿Quién lo había removido? ¡Seguramente, no los sacerdotes ni los escribas ni otros enemigos de Cristo! Si hubieran tenido el cuerpo de Cristo para refutar su resurrección, lo habrían mostrado con gusto. ¡No los apóstoles ni otros discípulos de nuestro Señor! Estaban demasiado asustados y desanimados para intentar tal acción y, más aún, cuando no tenían nada que ganar con ello. Una explicación —y sólo una— puede responder a las circunstancias del caso. Esa explicación es la que dan los ángeles en el versículo que tenemos ante nosotros (24:6): Cristo había resucitado de la tumba. Buscarlo en el sepulcro era buscar “entre los muertos al que vive” (24:5). Había resucitado, y pronto fue visto en su cuerpo vivo y conversando por muchos testigos confiables.

El hecho de la resurrección de nuestro Señor se basa en una evidencia que ningún incrédulo puede jamás explicar. Está confirmada por testimonios de todo tipo, clase y descripción. La historia clara y sin tapujos que cuentan los escritores de los Evangelios es una historia que no puede ser derribada. Cuanto más se examine el relato dado por ellos, más inexplicable parecerá el hecho, a menos que lo aceptemos como verdadero. Si decidimos negar la verdad de su relato, podemos negar todo en el mundo. No

¹ **Nota del editor** – Somos conscientes de que los evangélicos no se ponen de acuerdo en la cronología de la semana de la crucifixión y en el momento en que Cristo fue sepultado.

es tan cierto que Julio César viviera una vez, como lo es que Cristo resucitó.

Aferrémonos firmemente a la resurrección de Cristo como uno de los pilares del Evangelio. Esto debería producir en nuestras mentes, una firme convicción de la verdad del cristianismo. Nuestra fe no depende, simplemente, de un conjunto de textos y doctrinas. Ésta está fundada en un hecho poderoso que el escéptico nunca ha podido derribar. Esto debe asegurarnos la certeza de la resurrección de nuestros propios cuerpos después de la muerte. Si nuestro Maestro se ha levantado de la tumba, necesitamos no dudar de que sus discípulos se levantarán en el último día. Por encima de todo, esto debería llenar nuestros corazones con un sentido gozoso de la plenitud de la salvación del Evangelio: “¿Quién es el que condenará? Cristo es el que murió, más aún, el que también resucitó” (Ro. 8:34). Ha ido a prisión por nosotros y ha salido triunfante después de expiar nuestros pecados. El pago que hizo por nosotros ha sido aceptado. La obra de satisfacción, ha sido perfectamente cumplida. No es de extrañar que san Pedro exclame: “Bendito el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que según su grande misericordia nos hizo renacer para una esperanza viva, por la resurrección de Jesucristo de los muertos” (1 P. 1:3).

Vemos, en segundo lugar, en los versículos que tenemos ante nosotros, lo embotada que estaba la memoria de los discípulos sobre algunos de los dichos de nuestro Señor. Se nos dice que los ángeles que se aparecieron a las mujeres, les recordaron las palabras de su Maestro en Galilea, prediciendo su propia crucifixión y resurrección. Y luego leemos que “ellas se acordaron de sus palabras”. Las habían escuchado, pero no hicieron uso de ellas. Ahora, después de muchos días, las recuerdan. Este embotamiento de la memoria es una enfermedad espiritual común entre los creyentes. Prevalece tan ampliamente ahora como en los días de los primeros discípulos. Es una entre muchas pruebas de nuestra condición caída y corrupta. Aun después de que los hombres han sido renovados por el Espíritu Santo, su disposición a olvidar las promesas y los preceptos del Evangelio, los mete continuamente en problemas. Escuchan muchas cosas que deberían guardar en sus corazones, pero parecen olvidarlas tan rápido como las escuchan. Y luego, tal vez después de muchos días, la aflicción las trae a su memoria y, de inmediato, les pasa por la mente que las escucharon hace mucho tiempo!...

El verdadero remedio para una memoria embotada en la religión es procurar un amor más profundo hacia Cristo y afectos más completamente puestos en las cosas de arriba. No olvidamos fácilmente las cosas que amamos y los objetos que mantenemos continuamente bajo nuestros ojos... Cuanto más se ocupen nuestros afectos en el servicio de Cristo, más fácil nos resultará recordar sus palabras. Las palabras del

Apóstol deben ser meditadas cuidadosamente: “Por tanto, es necesario que con más diligencia atendamos a las cosas que hemos oído, no sea que nos deslicemos” (He. 2:1).

Vemos, por último, que tardos para creer fueron los primeros discípulos en el tema de la resurrección de Cristo. Leemos que cuando las mujeres volvieron del sepulcro y contaron a los once apóstoles las cosas que habían oído de los ángeles, “... a ellos les parecían locura las palabras de ellas, y no las creían” (Lc. 24:11). A pesar de las más claras declaraciones de los propios labios de su Maestro de que Él resucitaría al tercer día, a pesar de los diferentes testimonios de cinco o seis testigos confiables de que el sepulcro estaba vacío y que los ángeles se los habían dicho. ¡Él había resucitado, a pesar de la imposibilidad manifiesta de explicar la tumba vacía en cualquier otra suposición que no fuera la de una resurrección milagrosa —a pesar de todo esto, estos once faltos de fe no querían creer!— Tal vez nos asombre su incredulidad. Sin duda, a primera vista parece de lo más insensato, de lo más irrazonable, de lo más provocador, de lo más inexplicable. Pero, ¿no haremos bien en mirar en casa? ¿No vemos a nuestro alrededor, en las iglesias cristianas, una masa de incredulidad mucho más irracional y mucho más censurable que la de los apóstoles? ¿No vemos, después de dieciocho siglos de pruebas adicionales de que Cristo ha resucitado de entre los muertos, una [falta] general de fe que es verdaderamente deplorable? ¿No vemos miríadas de cristianos profesantes que parecen no creer que Jesús murió, resucitó y viene a juzgar al mundo? Estas son preguntas dolorosas. La fe fuerte es, en efecto, una cosa rara. No es de extrañar que nuestro Señor dijera: “Cuando venga el Hijo del Hombre, ¿hallará fe en la tierra?” (Lc. 18:8).

Finalmente, admiremos la sabiduría de Dios, que puede sacar un gran bien de un mal aparente. La incredulidad de los apóstoles es una de las evidencias indirectas más fuertes de que Jesús resucitó de entre los muertos. Si los discípulos eran, al principio, tan reacios a creer en la resurrección de nuestro Señor, al final, estaban tan completamente convencidos de su verdad que la predicaron por todas partes, Cristo debe haber resucitado de verdad. Los primeros predicadores fueron hombres convencidos, a pesar de ellos mismos y, a pesar de la decidida y obstinada renuencia a creer. Si los apóstoles, finalmente creyeron, la resurrección debe ser cierta.

De Pensamientos expositivos sobre Lucas (*Expository Thoughts on Luke*), Vol. 2.

J. C. Ryle (1816-1900): Obispo anglicano y autor inglés; nacido en Macclesfield, condado de Cheshire, Reino Unido.



LA GLORIA DE LA RESURRECCIÓN DE CRISTO

Albert N. Martin

A medida que vamos tomando algunas de las enseñanzas bíblicas sobre el significado y las implicaciones de la resurrección de nuestro Señor, debemos hacerlo conscientes de que las Escrituras asumen, constantemente, que el significado y las implicaciones de la resurrección descansan en una tumba real y vacía, y en un Jesús real y vivo...

En primer lugar, la resurrección de Cristo es gloriosa como confirmación de la veracidad¹ de sus afirmaciones personales. Antes de su muerte en la cruz, nuestro Señor hizo algunas afirmaciones absolutamente estupendas y únicas, en relación con su persona y su misión. Afirmó ser el unigénito Hijo de Dios. Es decir, afirmó ser alguien que compartía la misma esencia divina (Jn. 5:17-18; 10:30-33). Nuestro Señor, también hace tal afirmación cuando dice que “nadie conoce al Hijo, sino el Padre, ni al Padre conoce alguno, sino el Hijo” (Mt. 11:27). En pocas palabras, nuestro Señor afirma aquí que sólo la deidad puede comprender la deidad.

La resurrección de nuestro Señor de entre los muertos confirma la veracidad de esta afirmación de deidad. Sólo quien es esencialmente Dios, puede entregar su vida y tomarla de nuevo por su propia volición² (Jn. 10:16-17). Por esta razón, su resurrección de entre los muertos constituye la “señal” suprema que valida las afirmaciones de Cristo sobre su Persona única como el Dios-Hombre (*Ver* Mt. 12:38-40). John Gill comenta perspicazmente: “De este modo, [es decir, en la resurrección de Cristo], se da una prueba más de su propia deidad y filiación divina; y, por esto, se demuestra que Él es el Señor Dios Todopoderoso, ¡Quien pudo y se levantó a Sí mismo de entre los muertos! Esto declara que es el Hijo de Dios con poder; muestra que Él es el Señor de todos, tanto de los muertos como de los vivos; que Él tiene las llaves del infierno y de la muerte, y que puede abrir y que abrirá las tumbas de su pueblo y los liberará como lo ha hecho a Sí mismo”³.

El acontecimiento registrado en Juan 20:26-29, es un claro ejemplo de cómo la resurrección valida la afirmación de la deidad de nuestro

¹ **Veracidad** – Fidelidad.

² **Volición** – Voluntad, capacidad de hacer elecciones o decisiones conscientes.

³ John Gill (1697-1771), *Un cuerpo de Divinidad (A Body of Divinity)* (Grand Rapids: Sovereign Grace Publishers, 1971), 414.

Señor. Cuando Tomás, dudando, se enfrentó al tangible Señor resucitado, exclamó: “Señor mío y Dios mío”. Estas no fueron palabras de profanación nerviosa o descuidada, precipitadas por un acontecimiento sorprendente. Más bien, fueron las palabras de un hombre que llegó a ver la verdadera identidad de Jesús cuando contempló a su Señor en su resurrección, vida y poder.

Además, mientras vivía y ministraba entre los hombres, antes de su crucifixión, nuestro Señor afirmó haber sido designado para ser el Juez del mundo (Jn. 5:22, 27-29; Mt. 7:21; 25:31). Cuando José de Arimatea y Nicodemo envolvieron el cuerpo de Jesús con vendas funerarias y lo colocaron en el sepulcro de José, Él no tenía nada que hacer para convencer a nadie de que Él era, verdaderamente, el Juez designado del mundo, Quien un día, se sentaría en el trono de la gloria, reuniendo a las naciones ante Él para determinar sus destinos eternos. Sin embargo, el apóstol Pablo nos dice que Dios “ahora manda a todos los hombres en todo lugar, que se arrepientan; por cuanto ha establecido un día en el cual juzgará al mundo con justicia, por aquel varón a quien designó, dando fe a todos con haberle levantado de los muertos” (Hch. 17:30-31). La resurrección de nuestro Señor Jesús de entre los muertos valida, en efecto, su afirmación de que Él es el designado Juez del mundo..

En segundo lugar, la resurrección de Cristo es la gloriosa terminación de su estado de humillación. Como el Hijo eterno, el Verbo no creado de Dios, Quien era Dios mismo, toda la gloria de Dios le rodeaba y le acompañaba en su estado pre-encarnado. Después de su encarnación, nuestro Señor no dejó de tener presente esa gloria previa a la encarnación que había sido suya. En la oración registrada en Juan 17, Él oró: “Ahora pues, Padre, glorifícame tú al lado tuyo, con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese”. Sin embargo, desde el momento de su concepción en el vientre de la virgen María, Él entró en su estado de humillación. Esa humillación implicó pasos sucesivos en descenso hasta que culminó en su muerte en la cruz y su sepultura en la tumba prestada de José. Filipenses 2:6-8 contiene el registro de esos pasos descendentes de humillación que alcanzaron su punto más bajo cuando su cuerpo sin vida, envuelto con lino y especias aromáticas, yacía sobre una losa de piedra en esa tumba. La muerte había vencido. Jesús estaba muerto. Éste fue, sin duda, el punto más bajo de su pobreza y humillación. El apóstol Pablo nos dice que “fue crucificado en debilidad” (2 Co. 13:4a). Sí, la debilidad era evidente. Fue [crucificado] sobre ese cruel instrumento de ejecución, una cruz, hasta que inclinó su cabeza y entregó su espíritu a su Padre. La debilidad se intensificó cuando su cuerpo sin vida fue colocado en esa tumba prestada.

El vientre de María fue el comienzo de su humillación. Su salida de la tumba de José marcó el comienzo de su exaltación. La pregunta 46 del Catecismo Mayor de Westminster dice: “¿En qué consiste el estado de humillación de Cristo?”. La respuesta, dada con hermosa precisión bíblica, es ésta: “El estado de humillación de Cristo consiste en aquella baja condición, en la que por causa nuestra, se despojó a Sí mismo de su gloria, tomando sobre Sí la forma de siervo, en la concepción y su nacimiento, vida, muerte y después de su muerte, hasta su resurrección”. La resurrección constituyó, nada menos, que un giro radical en los acontecimientos que constituyeron las actividades redentoras de nuestro Señor Jesús. El vientre de María y el sepulcro de José, ponen entre paréntesis su humillación. Su resurrección fue, nada menos, que la primera parte de la respuesta del Padre a la oración de nuestro Señor en Juan 17:5.

Luego, en tercer lugar, la resurrección de Cristo es el glorioso primer paso para su establecimiento formal como el mesiánico Rey y Señor. Así como la resurrección marcó el fin de su humillación, ese mismo acontecimiento puede ser visto de una manera totalmente positiva —fue el comienzo de su exaltación—. La resurrección fue, en efecto, el fin de la humillación, pero el comienzo de la exaltación. Así como Filipenses 2:5-8, traza los pasos descendentes de la humillación de nuestro Señor, un pasaje como Efesios 1:19-23, traza los pasos ascendentes de su exaltación, desde la tumba vacía hasta la entronización y el otorgamiento a Él del más alto lugar de poder y honor. Irrumpiendo en medio de la oración de Pablo en favor de los cristianos de Éfeso, leemos: “Y cuál la supereminente grandeza de su poder para con nosotros los que creemos, según la operación del poder de su fuerza, la cual operó en Cristo, resucitándole de los muertos y sentándole a su diestra en los lugares celestiales, sobre todo principado y autoridad y poder y señorío, y sobre todo nombre que se nombra, no solo en este siglo, sino también en el venidero; y sometió todas las cosas bajo sus pies, y lo dio por cabeza sobre todas las cosas a la iglesia”.

La resurrección de nuestro Señor Jesús, como primer paso para su establecimiento definitivo y formal como el mesiánico Rey y Señor, fue una nota dominante en el acorde de la verdad que hizo sonar Pedro en su sermón de Pentecostés. Lucas registra algunos de los detalles de ese sermón con estas palabras: “A este Jesús resucitó Dios, de lo cual todos nosotros somos testigos. Así que, exaltado por la diestra de Dios, y habiendo recibido del Padre la promesa del Espíritu Santo, ha derramado esto que vosotros veis y oís. Porque David no subió a los cielos; pero él mismo dice: Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies. Sepa, pues, ciertísimamente toda la casa de Israel, que a este Jesús a quien vosotros crucificasteis, Dios le ha hecho Señor y Cristo” (Hch. 2:32-36). Él no fue hecho

“Señor y Cristo” en cuanto a la constitución de su Persona y oficios. Cuando nació, los visitantes celestiales anunciaron a los pastores: “Os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador, que es CRISTO el Señor” (Lc. 2:11). Más bien, Pedro anunció el hecho de que la resurrección había conducido al establecimiento formal de Jesús como el mesiánico Rey y Señor, a la diestra del Padre.

Fue en la anticipación de este establecimiento formal que nuestro Señor pudo decir lo que dijo respecto al hecho de que “toda potestad [es decir, toda autoridad y el derecho a gobernar] me es dada en el cielo y en la tierra” (Mt. 28:18)... El escritor a los Hebreos es una voz de confirmación adicional cuando, hablando de Jesús, dice que Él “se ha sentado a la diestra de Dios; de ahí en adelante esperando hasta que sus enemigos sean puestos por estrado de sus pies” (He. 10:12-13).

Estas tres cosas —la confirmación, la terminación y el establecimiento— tienen como referencia principal lo que la resurrección significó para nuestro Señor Jesucristo mismo. Sin embargo, ese mismo poderoso triunfo sobre la muerte, tiene muchas y maravillosas implicaciones para nosotros como pueblo de Dios y para aquellos que están fuera de los límites de la gracia salvadora de Dios. Considera conmigo entonces,...

En cuarto lugar, que la resurrección de Cristo es gloriosa como la afirmación divina de una redención consumada. Una de las siete palabras que nuestro Señor pronunció durante las horas de agonía en la cruz fue el penúltimo clamor: “Consumado es”. Lo más probable es que éste sea el clamor que Mateo describe como “habiendo otra vez clamado a gran voz...” (Mt. 27:50). No fue un clamor apagado de desesperación —“Estoy acabado”—. Más bien, fue el grito de un Salvador triunfador y conquistador. La palabra que Juan utiliza para captar este clamor, es un tiempo pasivo perfecto del verbo *teleo*, que significa llevar a su fin por completo. Cuando nuestro Señor pronunció estas palabras, estaba declarando, en voz alta, que todo lo que fue a realizar a la cruz, se había cumplido y permanecería consumado.

Pero poco después de proferir este clamor de triunfo, inclinó su cabeza y entregó su espíritu en las manos de su Padre. En poco tiempo, ese cuerpo muerto y completamente sin vida, sería bajado de la cruz, preparado amorosamente para su entierro por José de Arimatea y Nicodemo, y luego, depositado en la tumba de José en un jardín cercano al Gólgota⁴ donde Jesús había sido crucificado. Mientras ellos ponen el cuerpo en esa tumba, surgen preguntas en nuestras mentes. ¿Fue acertado el clamor de “consumado es”? ¿Cómo puede serlo? Si la paga del

⁴ **Gólgota** – Palabra que viene del griego y significa *lugar de la calavera*, de donde viene la palabra *Cabario* en español.

pecado es la muerte, y la muerte parece haber tenido la última palabra al haber vencido a nuestro Señor. Mientras estaba sepultado, parecía que el máximo enemigo tenía su pie firmemente puesto en el cuello del cuerpo, ahora sin vida, de nuestro Señor.

Por supuesto, parece que hubo algunas afirmaciones divinas sobre las grandes implicaciones cósmicas del éxito de sus sufrimientos con motivo de su muerte. La Escritura nos informa que el velo del templo se rasgó de arriba a abajo, que la tierra tembló, que las rocas se partieron y que las tumbas locales entregaron a algunos de sus muertos. ¿Podrían estos acontecimientos sobrenaturales constituir el elocuente amén de Dios al clamor de “consumado es”? Sí, podrían, pero Jesús seguía muerto y la pregunta se aferra a nuestras mentes, ¿se había cumplido realmente la obra? ¿Estaba realmente consumada?

Por varias razones, el Padre había decretado que nuestro Señor estuviera bajo el poder de la muerte durante parte de tres días. Una de esas razones, sin duda, era subrayar el hecho de que Jesús realmente murió. Fue para hacer evidente que no se desmayó en la cruz ni experimentó un estado comatoso⁵ seguido de una reanimación unas horas después.

Sí, la muerte parecía haber dicho la última palabra. Sin duda, los poderes diabólicos del infierno aplaudieron con un deleite demoníaco. Jesús de Nazaret estaba muerto. Realmente muerto. Pero... llegó el primer día de la semana y con él, una tumba vacía. ¿Y qué nos dice esa tumba vacía? La respuesta viene de un texto como Romanos 4:25. Pablo escribe sobre nuestro Señor Jesús que “fue entregado por nuestras transgresiones, y resucitó para nuestra justificación”. Las palabras pueden ser legítimamente traducidas, “y resucitó a causa de nuestra justificación⁶”. En otras palabras, la resurrección de nuestro Señor por el Padre, fue la afirmación necesaria de una redención consumada. Todo lo que era necesario para rendir plena obediencia preceptual a las demandas de la Ley y para dar plena satisfacción a las sanciones penales de la Ley, se cumplió en la vida y muerte de Jesús, nuestro representante, fiador y sustituto⁷. Es decir, la resurrección fue el estruendoso “¡Amén!” de Dios al fuerte clamor de Jesús: “Consumado es”. Calvino captó y expresó esta verdad bellamente: “Fue entregado por nuestras transgresiones y resucitado para nuestra justificación (Ro. 4:25). Como si Él hubiera dicho

⁵ **Comatoso** – Estado de profunda inconsciencia durante un período prolongado.

⁶ **Justificación** – La justificación es un acto de la gracia gratuita de Dios, en el cual, Él perdona todos nuestros pecados y nos acepta como justos a sus ojos, sólo por la justicia de Cristo imputada a nosotros y recibida sólo por la fe (*Catecismo de Spurgeon*, Pregunta 32). Ver Portavoz de la Gracia N° 4: *Justificación* y Portavoz de la Gracia N° 7: *Justicia Imputada*. Ambos disponibles en CHAPEL LIBRARY.

⁷ Ver Portavoz de la Gracia N° 9: *Sustitución*. Disponible en CHAPEL LIBRARY.

que con ‘su muerte, el pecado fue quitado de en medio, y por su resurrección, la justicia fue restaurada y restituida’. Porque, ¿cómo podría Él, por su muerte, librarnos de la muerte, si Él mismo hubiera sido vencido por ella? ¿Cómo podría Él haber obtenido la victoria para nosotros, si hubiera caído en el combate? Por eso, distribuimos la sustancia de nuestra salvación entre la muerte y la resurrección de Jesucristo, y afirmamos que por su muerte, el pecado quedó destruido y la muerte extinguida; y que por su resurrección, se restableció la justicia y la vida renació. Y de tal manera que —gracias a su resurrección— su muerte manifestó su poder y eficacia en nosotros... Por lo tanto, recordemos que cuantas veces se hace mención únicamente de su muerte, tenemos que entender, a la vez, lo que es propio de su resurrección”⁸.

Amado hijo de Dios, cuando tu conciencia parezca incapaz de sacudirse el inquietante sentimiento de culpa y condenación por tu pecado, ve por fe y párate junto a la tumba vacía de José y escucha a tu amoroso Padre celestial decirte: “Él resucitó para tu justificación”. Entonces, dí a ti mismo: “No deshonraré más al Salvador dudando de que su resurrección es la afirmación de Dios de mi redención completa”. ¿Acaso no ha dicho Dios: “Que si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo” (Ro. 10:9)?

Mi lector inconverso, no compliques lo que Dios ha hecho tan claro y sencillo. Deja de buscar en tu interior señales de la gracia con la esperanza de que si las encuentras, tendrás una garantía para abrazar al Salvador. No, un Jesús vivo y resucitado se presenta ante ti en el Evangelio... La tumba vacía de José declara en voz alta que hay una salvación completa y totalmente suficiente en Cristo. No busques nada en ti mismo como garantía para abrazar al Salvador y la salvación que está en Él.

Tomado de La gloria de la resurrección victoriosa de Cristo (*The Glory of Christ's Victorious Resurrection*) en La belleza y la gloria de Cristo (*The Beauty and Glory of Christ*), ed. Joel R. Beeke. Reformation Heritage Books, utilizado con permiso, www.heritagebooks.org.

Albert N. Martin: Pastor bautista estadounidense, evangelista y autor; fue uno de los pastores de la Iglesia Bautista de la Trinidad, Montville, New Jersey, Estados Unidos, durante 46 años.



⁸ Juan Calvino, *Institución de la Religión Cristiana*, 2.16.13.

LA EVIDENCIA DE LA RESURRECCIÓN DE CRISTO

William S. Plumer (1802-1880)

La humillación de Cristo se completó con su muerte y sepultura, y su exaltación comenzó con su resurrección de entre los muertos. Ésta es una gran verdad cardinal en el sistema cristiano. A menudo, se ha demostrado que es así. Es así por la confesión de todos los cristianos y de los mismos apóstoles. Pablo dice: “Y si Cristo no resucitó, vana es entonces nuestra predicación, vana es también vuestra fe... y si Cristo no resucitó, vuestra fe es vana; aún estáis en vuestros pecados. Entonces también los que durmieron en Cristo perecieron. Si en esta vida solamente esperamos en Cristo, somos los más dignos de conmiseración de todos los hombres” (1 Co. 15:14, 17-19). Es evidente que esta doctrina es fundamental. Debe predicarse a menudo y no ceder nunca. Éste es “el hecho cardinal del cristianismo, sin el cual, todos los demás hechos pierden su importancia”¹.

Los judíos, los cristianos y los infieles² están de acuerdo en que Cristo estuvo muerto y sepultado. Por un tiempo, su cuerpo estuvo sin vida. Cualquier consideración decente de la verdad, debe admitir esto. No hay duda de su muerte. Él lo admitió más de cincuenta años después: “Yo soy... el que vivo, y estuve muerto; mas he aquí que vivo por los siglos de los siglos” (Ap. 1:17-18).

También está claro que la profecía exigía que Cristo resucitara de entre los muertos. “Mi carne también reposará confiadamente; porque no dejarás mi alma en el Seol, ni permitirás que tu santo vea corrupción” (Sal. 16:9-10). Es cierto que esto no se aplica a los ángeles porque los ángeles son espíritus puros y no tienen carne. Ellos nunca mueren. Es cierto que no se refiere a un simple hombre porque la persona de la que se habla aquí, es llamada el *Santo* de Dios y todos los simples hombres son pecadores. Que no se aplica a David, quien escribió el salmo en el que se encuentra, lo demostró Pedro en el Día de Pentecostés: “Varones hermanos, se os puede decir libremente del patriarca David, que murió y fue sepultado, y su sepulcro está con nosotros hasta el día de hoy” (Hch. 2:29). Sabemos que ha visto corrupción, puesto que ha permanecido en la tumba

¹ John M. Mason (1770-1829), Lamentación cristiana (*Christian Mourning*). (NY: Whiting and Watson, 1814), 6.

² **Infieles** – Ateos y otros que niegan la autoridad de Cristo y su Palabra.

durante siglos. Pero, continúa Pedro, David “siendo profeta, y sabiendo que con juramento Dios le había jurado que de su descendencia, en cuanto a la carne, levantaría al Cristo para que se sentase en su trono, viéndolo antes, habló de la resurrección de Cristo, que su alma no fue dejada en el Hades, ni su carne vio corrupción” (Hch. 2:30-31). Jesús predijo su propia resurrección: “Destruid este templo, y en tres días lo levantaré... más él hablaba del templo de su cuerpo” (Jn. 2:19, 21).

En la resurrección de Cristo hubo una concurrencia³ de... personas divinas. Pedro dice: “A éste levantó Dios al tercer día” (Hch. 10:40). Pablo también dice: “Dios el Padre, que lo resucitó de los muertos...” (Gá. 1:1). Pero esta obra no se atribuye sólo al Padre. La naturaleza divina de Cristo actuó para vivificar su propio cuerpo muerto. Él dijo de su propio cuerpo: “...lo levantaré” (Jn. 2:19). Y de su vida, “tengo poder para ponerla, y tengo poder para volverla a tomar” (Jn. 10:18). El Hijo de Dios participó en la resurrección de su propio cuerpo...

Pedro dice que Cristo resucitó *al tercer día* (Hch. 10:40). Al calcular el tiempo, tanto los hebreos como los griegos contaban, con frecuencia, la parte de un día en la que una cosa comenzaba como un día y la parte de un día en la que terminaba como otro día, y, añadiendo estos al día o días intermedios, daba el total. Así, entre los hebreos, el día en que un niño nacía se fijaba como un día y el día en que era llevado a ser circuncidado, se fijaba como otro día, y sólo mediaban seis días enteros entre su nacimiento y la circuncisión, y así ocurría, frecuentemente, que un niño no tenía siete veces veinticuatro horas cuando era circuncidado y, sin embargo, la Ley exigía que esa señal y sello se pusiera en el niño al octavo día. Las antigüedades griegas muestran que el mismo modo de contar se utilizaba, a menudo, en Europa oriental. En otras ocasiones, los hebreos contaban sólo los días completos (*cf.* Lc. 9:28; Mr. 9:2). Por lo tanto, se puede utilizar cualquiera de los dos modos. Los Evangelios afirman que Cristo fue sepultado la tarde del día anterior al Sabbat judío y que resucitó, muy temprano, al día siguiente del Sabbat judío... Jesús resucitó al tercer día; ésta era el tiempo fijado por sus propias profecías...

El cuerpo resucitado de Cristo era un cuerpo real y no, meramente, la apariencia de un cuerpo. Hubo dudas en las mentes de sus seguidores, sobre este punto. Una vez, cuando Él se puso en medio de ellos, fueron “atemorizados, pensaban que veían espíritu” (Lc. 24:37). Para zanjar este punto, dijo: “Palpad, y ved; porque un espíritu no tiene carne ni huesos, como veis que yo tengo” (Lc. 24:39). Tanto la vista como el tacto, les informaron que no era ninguna ilusión.

³ **Concurrencia** – Cooperación en un propósito o en un trabajo.

Jesucristo tenía el mismo cuerpo después de su resurrección que el que tenía antes. El sepulcro fue abierto y el cuerpo sagrado que contenía, resucitó. Después de su resurrección, nuestro Señor dijo a sus discípulos: “Mirad mis manos y mis pies, que yo mismo soy” (Lc. 24:39). Al incrédulo Tomás, le dijo: “Pon aquí tu dedo, y mira mis manos; y acerca tu mano, y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente” (Jn. 20:27). El cuerpo resucitado de Cristo era el mismo que su cuerpo muerto y sepultado.

Alguien se pregunta: ¿Por qué los seguidores de Cristo no lo reconocieron inmediatamente? Por lo menos en un caso, “los ojos de ellos estaban velados⁴ para que no le conociesen” (Lc. 24:16) hasta que, al razonar con ellos a partir de las Escrituras, les convenció de que Él “debía” haber padecido estas cosas para luego entrar en su gloria. Y, aunque Cristo claramente había predicho su propia muerte, sepultura y resurrección, sin embargo, por el extraño poder de la incredulidad, sus discípulos no entendieron ni recibieron esas verdades. Este error no fue removido por completo de sus mentes hasta cerca del momento de su ascensión. Cuando estuvo muerto, lo mejor que pudieron traer a sus sentimientos para decir, fue: “Pero nosotros esperábamos que él era el que había de redimir a Israel” (Lc. 24:21). Además, en una mente muy afligida, hay una extraña falta de voluntad, que llega casi a la incapacidad, para creer en las buenas nuevas. Considera que cualquier buena noticia es demasiado buena para ser creída. Lucas nos dice que éste era el estado de la mente de los seguidores de Cristo: “...de gozo, no lo creían, y estaban maravillados” (Lc. 24:41). Se puede demostrar fácilmente que tal estado de ánimo no es inusual.

Examinemos ahora la evidencia por la cual se establece el hecho de la resurrección de Cristo. Pedro dice: “A este levantó Dios al tercer día, e hizo que se manifestase; no a todo el pueblo, sino a los testigos que Dios había ordenado de antemano, a nosotros que comimos y bebimos con él después que resucitó de los muertos” (Hch. 10:40-41). Es digno de notar que para los discípulos había dos testigos celestiales de la resurrección de Cristo. Lucas, en efecto, habla de ellos como “dos varones... con vestiduras resplandecientes” (Lc. 24:4); pero Juan dice expresamente que eran “dos ángeles con vestiduras blancas” (Jn. 20:12). Estos hijos mayores de Dios fueron los primeros y fueron testigos idóneos del maravilloso acontecimiento.

Con respecto a los testigos de la resurrección de Cristo, se pueden afirmar varias cosas:

⁴ Velados – Restringidos, retenidos.

1. Su número era grande —entre quinientos y seiscientos—. Desde los días de Moisés hasta nuestros días, las naciones más iluminadas han admitido como suficiente el testimonio de dos o tres hombres. Aquí tenemos doscientas o trescientas veces el número de testigos necesarios para probar, incluso, que una madre mató a su propio hijo. Quinientos o seiscientos testigos equivalen a cinco o seis mil. El número es suficiente.

2. Los testigos eran idóneos. Tenían el uso de todos sus sentidos y tenían las mejores oportunidades de obtener información correcta. Pedro dice de los testigos que “comimos y bebimos con él después que resucitó de los muertos” (Hch. 10:41). En Hechos 1:3, Lucas dice que “se presentó vivo con muchas pruebas indubitables, apareciéndoseles [a los apóstoles] durante cuarenta días y hablándoles acerca del reino de Dios”. De modo que los testigos dicen sin temor: “Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado y palpamos nuestras manos tocante al Verbo de vida... eso os anunciamos” (1 Jn. 1:1, 3).

En la Escritura se mencionan once casos particulares en los cuales nuestro Señor fue visto por algunos o todos estos testigos. Su primera aparición fue a María Magdalena, quien al principio, lo confundió con el hortelano y a quien anunció su pronta ascensión al cielo (Mr. 16:9; Jn. 20:14-17). La segunda aparición de Cristo fue a María Magdalena, Juana, María la madre de Jacobo y otras mujeres, quienes habían preparado especias aromáticas para embalsamar su sagrado cuerpo (Mt. 28:1-10; Lc. 24:1-12). Su tercera aparición fue a los dos discípulos cuando iban camino de Emaús (Mr. 16:12-13; Lc. 24:13-35). Después, fue visto por Pedro (1 Co. 15:5). A continuación, lo vio Jacobo (1 Co. 15:7). Luego, fue visto por los diez apóstoles, estando Tomás ausente (Jn. 20:19-24). Ocho días después, fue visto por los once apóstoles (Jn. 20:26-29). Luego fue visto por sus discípulos en el mar de Tiberias. En esa ocasión, estaban presentes siete apóstoles (Jn. 21:1-14). También fue visto en una ocasión por más de quinientos hermanos (1 Co. 15:6). Tal vez, fue en esta ocasión cuando ascendió al cielo a la vista de los hombres de Galilea. También Pablo, de camino a Damasco, quizás unos dos años después, lo vio en su cuerpo resucitado y conversó con Él. En estas entrevistas con sus discípulos, ellos tuvieron todas las oportunidades de certificar que era verdaderamente el Salvador resucitado. No hay razón para creer que los evangelistas nos han contado todos los casos en los que Cristo estuvo con sus amigos. Tanto Juan como Lucas, nos llevarían a esta conclusión (Jn. 20:30; Hch. 1:3). Cristo conversó con ellos. Las mujeres piadosas abrazaron sus pies y le adoraban. Estos testigos lo vieron caminar; escucharon sus argumentos y sus reprensiones; vieron sus heridas; recibieron tanto su mandato de difundir su evangelio como su bendición. Los mismos incrédulos nunca

han impugnado⁵ la idoneidad de los testigos. Su testimonio no se basó en rumores, sobre el informe de otros, sino sobre lo que fue sometido a sus propios sentidos y observaciones.

3. El testimonio de estos testigos concuerda. Algunos mencionan cosas que otros no vieron ni oyeron; pero todos están de acuerdo en que resucitó de entre los muertos y en que lo vieron en su cuerpo resucitado. No hay contradicción⁶ entre los testigos. Están de acuerdo en todas las cosas de las que hablan. Los primeros incrédulos se esforzaron por encontrar alguna contradicción en su testimonio, pero sus esfuerzos fueron una combinación singular de ignorancia y malicia.

4. Los testigos, con vidas de humildad, benevolencia, rectitud y abnegación, demostraron que eran hombres buenos y que se podía confiar en su palabra. Existe una creencia casi universal de que los apóstoles eran hombres piadosos y temerosos de ofender a Dios, lo que habrían hecho, fabricando una falsedad. Ni pensar siquiera que, alguno de ellos, amasara fortunas sosteniendo que Jesús había resucitado. Vivieron y murieron como hombres pobres. El más sublime⁷ de los apóstoles fue, voluntariamente, un fabricante de tiendas. Jesús advirtió a todos sus seguidores que la fidelidad a Él era el camino a la pobreza. Estos testigos también fueron desterrados, apedreados, muertos a espada y crucificados. Fueron odiados por todos los hombres; la ignominia⁸ se abatió sobre ellos. Previeron que así sería y no se vieron decepcionados. No buscaban la fama, la comodidad o el placer. Tu vieron por gozo sufrir el vituperio⁹ por causa de Cristo. Aceptaron con entereza el fuego y la espada de la persecución. “No había motivos para corromperlos... Es evidente que nada de lo deseable en este mundo tenía la menor influencia sobre los apóstoles. No, al contrario, todo lo que era terrible para la naturaleza, los desanimaba. Sufrieron todos los males temporales, incluso la muerte misma, por este testimonio”¹⁰. Los enemigos de la religión cristiana, comúnmente, admiten todo esto. La manera de debilitar este testimonio es mediante insinuaciones como éstas:

1. *Los testigos eran hombres iletrados y sin sabiduría.* Suponiendo que esto fuera cierto, no probaría que no fueran testigos confiables. La ciencia y la literatura no califican a los hombres para decir la verdad con respecto a un hecho que ocurre en sus caras. Pero hombres que podían hablar todos

⁵ **Impugnado** – Cuestionado la verdad, la validez o la corrección de; poner en duda.

⁶ **Contradicción** – Oposición o inconsistencia entre dos o más cosas.

⁷ **Sublime** – Que sobresale por encima de los demás por su carácter noble.

⁸ **Ignominia** – Vergüenza pública; deshonor.

⁹ **Vituperio** – Oprobio, rechazo, descrédito, desprecio.

¹⁰ **William Bates** (1625-1699), La fe cristiana probada por la razón (*The Christian Faith Proved by Reason*) en Las obras completas del reverendo William Bates (*The Whole Works of the Rev. William Bates*), Vol. 1 (Harrisonburg, VA: Sprinkle Publications, rpt., 1990), 138-139.

los idiomas de su época, no deberían ser despreciados por su supuesta ignorancia. Y los hombres que han revolucionado los sentimientos morales de la humanidad, deben haber tenido algo mejor que la mera ciencia. Tales hombres estaban capacitados para ser testigos.

2. *Algunos han dicho que los apóstoles eran crédulos*¹¹ y por eso no eran dignos de confianza. Pero toda la historia muestra que no eran crédulos. Marcos dice que “no lo creyeron” (Mr. 16:11). De nuevo, en la siguiente declaración del hecho, dice: “Ni aun a ellos creyeron” (Mr. 16:13). De nuevo: “Se apareció a los once mismos, estando ellos sentados a la mesa, y les reprochó su incredulidad y dureza de corazón, porque no habían creído a los que le habían visto resucitado” (Mr. 16:14). En efecto, Cristo reprendió, a menudo, su lentitud para creer en este punto. Toda la historia muestra que no eran crédulos. Nótese aquí la injusticia de estos incrédulos. Cuando declaramos cuán lentos fueron los seguidores de Cristo para creer en su resurrección, algunos dicen: “¿Por qué dudaron, si la evidencia era buena y suficiente?”. Luego, cuando damos las razones de su vacilación y mostramos que, finalmente, la evidencia era completa y satisfactoria para todos, se nos dice que creyeron sólo porque eran fáciles para creer. Cada una de estas afirmaciones destruye la otra. Ninguna de las dos es cierta.

3. *Pero algunos han dicho que los testigos en este caso y, especialmente los apóstoles, eran fanáticos*¹² y, por lo tanto, no se les podía creer. Se admite libremente que una acusación bien establecida de fanatismo debe menoscabar la confianza en cualquier testimonio; pero ¿quién ha aportado la más mínima prueba de la veracidad de tal acusación en este caso? No es una prueba de evidencia desmedida creer una cosa extraordinaria, pero posible cuando se nos demuestra. No es evidencia de fanatismo decir que somos testigos de lo que creemos. El fanatismo se basa en impulsos e impresiones inexplicables. No tiene en cuenta la evidencia. Pero los apóstoles apelaron a hechos bien conocidos. Dijeron: “Pues el rey sabe estas cosas... pues no se ha hecho nada de esto en algún rincón” (Hch. 26:26). “Lo que sabemos hablamos, y lo que hemos visto, testificamos” (Jn. 3:11). Éste no es lenguaje de locos. Los fanáticos son orgullosos, jactanciosos y arrogantes. Toda la historia muestra que los apóstoles eran hombres humildes, mansos y modestos. Evitaban toda alusión¹³ innecesaria a sí mismos. Registraban sus propias imperfecciones. No se alababan a sí mismos. El más importante de ellos dice: “No soy digno de ser llamado apóstol” (1 Co. 15:9); que era “el más pequeño de todos los santos” (Ef. 3:8); sí, que era “el primero” de los

¹¹ **Crédulo** – Demasiado dispuesto a creer cosas y, por tanto, fácil de engañar; ingenuo.

¹² **Fanáticos** – Personas con opiniones extremas o nociones increíbles y extravagantes sobre religión o política.

¹³ **Alusión** – Referencia indirecta.

pecadores (1 Ti. 1:15). Los fanáticos nunca podrían haber presentado un sistema que pretendiera ser divino y que estuviera acompañado de tales evidencias como para engañar a hombres como Milton, Locke, Boyle, Bacon y Newton, [así como] a una gran parte de las naciones más ilustradas de la tierra durante los últimos mil ochocientos años.

Pero es digno de mención que, al principio, los judíos, generalmente, negaban la resurrección de Cristo. Decían que mientras los soldados dormían, sus discípulos robaron su cuerpo. Esta historia no puede ser cierta por las siguientes razones:

1. La guardia en el sepulcro era, inusualmente, grande; tan grande como los enemigos de Cristo deseaban que fuera (Mt. 27:65-66).

2. Es totalmente increíble que la guardia, la gran guardia de soldados romanos, estuviera durmiendo en sus puestos. La estación del año, al menos durante la noche, era fresca. La pena por dormirse en la guardia era la muerte.

3. El cuerpo muerto de nuestro Salvador no pudo haber hecho nada para producir la creencia de que Él estaba vivo.

4. Durante las horas que Cristo permaneció en el sepulcro, sus discípulos se dedicaron a llorar y lamentarse (Mr. 16:10). Es increíble que esta compañía de seguidores de Jesucristo desarmados, desanimados y desconsolados, haya trazado y ejecutado un plan para rescatar el precioso cuerpo de su Señor, de manos de un [ejército] entrenado y armado.

5. El testimonio de estos soldados, tal y como se dio al final, fue totalmente incompetente; pues se refería a un hecho que, según ellos, ocurrió cuando estaban dormidos.

6. Su testimonio, tal como lo expusieron por primera vez, fue completo y satisfactorio a favor de la resurrección de nuestro Señor. De las dos historias que relataron, estamos en plena libertad, sí, estamos obligados, a creer la que contaron sin “mucho dinero” de por medio.

Si Jesucristo no era el Hijo de Dios y no resucitó de entre los muertos, entonces era un gran engañador. Sin embargo, sus seguidores, en ese caso, tan cruelmente engañados, estaban dispuestos a dar la vida por Él. ¿No es eso muy extraño?

Si Jesucristo no resucitó, entonces unos pocos hombres que nunca tuvieron ni reclamaron ningún poder político, ninguna fortuna, ningún favor con los gobernantes civiles, fueron capaces de convencer a cientos de miles de griegos, romanos y hebreos de que Uno que sufrió como un

malhechor¹⁴, era el Salvador de los hombres, todo ello, a pesar de la evidencia de lo contrario.

Si Jesucristo no resucitó, entonces debemos creer que millones han “sufrido locamente encarcelamientos, torturas y crucifixiones, por difundir una ilusión”¹⁵.

Si Jesucristo no resucitó, entonces es cierto que “se hicieron diez mil milagros a favor de la falsedad”¹⁶.

Todos admiten que Cristo murió. Sin embargo, “su muerte es una maravilla incomparablemente mayor que su resurrección”¹⁷. Seguramente, es menos de esperar que “el Hijo de Dios, Quien originalmente poseía la inmortalidad, muera, a que el cuerpo humano unido a Él, fuera resucitado a una vida gloriosa”¹⁸. “Era imposible” que Él hubiera sido retenido por la muerte (Hch. 2:24). Su eterno poder y divinidad lo prohibían. La justicia divina exigía su resurrección para que su inocencia fuera vindicada.

Muchas verdades importantes, esenciales para la tranquilidad de una vida cristiana, son sugeridas y confirmadas por esta exposición:

1. La resurrección de Jesucristo demuestra, indiscutiblemente, que en nada fue Jesús un impostor.

2. La resurrección de Cristo manifiesta, claramente, su [deidad] y su condición de Hijo de Dios. Si se levantó a Sí mismo de entre los muertos, Él debe haber sido divino. Si Él afirmó ser igual a Dios, y el Padre y el Espíritu cooperaron en su resurrección, entonces Él era igual a Dios porque Dios no obraría un milagro para establecer una mentira. Pablo dice, expresamente, “que fue declarado Hijo de Dios con poder”, es decir, de manera poderosa, “por la resurrección de entre los muertos” (Ro. 1:4).

3. La resurrección de Cristo dio amplia prueba de la plenitud de su satisfacción a la Ley y a la justicia de Dios. Así lo argumenta Pablo: “El cual fue entregado por nuestras transgresiones, y resucitado para nuestra justificación” (Ro. 4:25). “¿Quién es el que condenará? Cristo es el que murió; más aun, el que también resucitó, el que además está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros” (Ro. 8:34). Pablo dice que “el Dios de paz... resucitó de los muertos a nuestro Señor Jesucristo” (He.

¹⁴ **Malhechor** – Criminal.

¹⁵ **James Saurin** (1677-1730), La resurrección de Jesucristo (*The Resurrection of Jesus Christ*), en Los Sermones del reverendo James Saurin (*The Sermons of the Rev. James Saurin*), (Nueva York: Harper & Brothers, 1846), 191.

¹⁶ *Ibid.*

¹⁷ **William Bates**, Sobre la muerte (*On Death*) en Las obras completas del reverendo William Bates (*The Whole Works of the Rev. William Bates*), Vol. 3 (Harrisonburg, VA: Sprinkle Publications, rpt., 1990), 268.

¹⁸ *Ibid.*

13:20). Él era el Dios de paz porque su justicia había sido plenamente satisfecha. “Su muerte apaciguó a Dios, su resurrección asegura a los hombres... La justicia indignada, lo expuso a la muerte; y la justicia apaciguada, lo liberó de la muerte”¹⁹.

4. Si Cristo resucitó de entre los muertos, también lo hará su pueblo. “Ahora Cristo ha resucitado de los muertos; primicias de los que durmieron es hecho” (1 Co. 15:20). Él es “el primogénito de entre los muertos”. “Si creemos que Jesús murió y resucitó, así también traerá Dios con Jesús a los que durmieron en él” (1 Ts. 4:14). “La victoria de nuestro Salvador sobre la muerte se obtuvo al morir, su triunfo al resucitar. Él derrotó a nuestro enemigo común en su propio territorio, la tumba”²⁰. Seremos resucitados a semejanza de su resurrección (Ro. 6:5). Nuestros viles cuerpos serán transformados a semejanza de su cuerpo glorioso (Fil. 3:21).

5. Si queremos conocer la plenitud de las bendiciones de la vida eterna en el más allá, debemos conocer el poder de la resurrección de Cristo aquí (Fil. 3:10). Uno de los mejores sermones de Whitefield es sobre este tema.

6. Del hecho y la doctrina de la resurrección de Cristo, dependen todas nuestras esperanzas para la eternidad. Así lo enseñaron los apóstoles (1 P. 1:3-4). Aquí no hay lugar para la duda. No podemos ceder en este punto sin entregar todo aquello por lo que vale la pena luchar.

7. Qué maravillosa es la providencia de Dios, que permitió que la muerte viniera por el hombre y que dispuso que por el hombre, viniera también la resurrección de los muertos (1 Co. 15:21).

8. La Biblia es veraz. El cristianismo es divino²¹. Su autor fue el Hijo de Dios. Se requiere obediencia a Él y es muy razonable. ¿Crearás y obedecerás al Hijo de Dios?

Tomado de La resurrección de Cristo (*Christ's Resurrection*) en Roca de nuestra salvación (*Rock of Our Salvation*). Sprinkle Publications.

William S. Plumer (1802-1880): Ministro presbiteriano y autor estadounidense; nacido en Greensburg, Pensilvania, Estados Unidos.



¹⁹ Bates, 374.

²⁰ Bates, 268.

²¹ **Divino** – Dado o procedente de Dios.

LOS BENEFICIOS DE LA RESURRECCIÓN DE CRISTO

Thomas Manton (1620-1677)

*“Por cárcel y por juicio fue quitado; y su generación, ¿quién la contará?
Porque fue cortado de la tierra de los vivientes, y por la rebelión
de mi pueblo fue herido” (Isaías 53:8).*

El Señor Jesús fue quitado de la cárcel y del juicio, y se levantó del pozo de la angustia, al cual fue condenado por nuestra causa. Fue quitado de la cárcel y del juicio; se levantó como Mediador¹ y sólo pudo escoger el resucitar; no podía fracasar en ello. Las Escrituras testifican abundantemente que Él resucitó: “Cristo murió por nuestros pecados conforme a las Escrituras; y... resucitó al tercer día, conforme a las Escrituras” (1Co. 15:3-4). Y en otras partes dice que Él debe resucitar: “Así está escrito, y así fue necesario que el Cristo padeciese, y resucitase de los muertos al tercer día” (Lc. 24:46). Esto lo demuestra Cristo por las Escrituras...

Por lo tanto, les mostraré... con qué fin, resucitó Cristo. Y aquí, para que pueda mostrar a los creyentes la fuente de su consuelo —por qué debía ser que Cristo, quien resucitara de entre los muertos—. Puesto que todo el consuelo del alma depende de que haya salido de la tumba y se haya sacudido los poderes de la muerte, voy a refrescar aquí un poco sus espíritus con el agua de este manantial de salvación. La extraeré y la derramaré en tres consideraciones...

1. Generalmente, la resurrección es el principal motivo de consuelo para los cristianos en la Escritura. Por lo tanto, encontrarás en la Escritura que éste es el gran tema: “Que si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo” (Ro. 10:9). Noten que es puesto como el principal asunto del cristianismo: Dios le resucitó de los muertos. “Acuérdate de Jesucristo, del linaje de David, resucitado de los muertos conforme a mi evangelio” (2

¹ **Mediador** – Intermediario. “Agradó a Dios, en su propósito eterno, escoger y ordenar al Señor Jesús, su Hijo unigénito, conforme al pacto hecho entre ambos, para que fuera el *mediador* entre Dios y el hombre; profeta, sacerdote, y rey; cabeza y Salvador de la Iglesia, el heredero de todas las cosas y juez del mundo; a quien dio, desde toda la eternidad, un pueblo para que fuera su simiente y para que a su tiempo, lo redimiera, llamara, justificara, santificara y glorificara”. (Confesión Bautista de fe de Londres 1689 8.1.) y ver Portavoz de la Gracia N° 23: *Cristo el Mediador*. Ambos disponibles en CHAPEL LIBRARY.

Ti. 2:8). Por sobre todas las verdades, debemos predicarla claramente y recalcarla como si fuera la vida de toda la religión. Recuerden: Cristo ha resucitado de los muertos. Por eso, era un saludo habitual entre los cristianos: “Ha resucitado el Señor” (Lc. 24:34). El Apóstol hace que el triunfo de la fe surja, principalmente, de la resurrección de Cristo: “¿Quién es el que condenará? Cristo es el que murió; más aún, el que también resucitó” (Ro. 8:34). Si Cristo no hubiera resucitado, habría poco consuelo para los creyentes: “Si Cristo no resucitó, vana es entonces nuestra predicación, vana es también vuestra fe” (1 Co. 15:14). Todo sería en vano sin este gran sello y confirmación. Es un punto de tan gran importancia que, generalmente, se considera la piedra angular de la religión, la articulación de la cual depende el consuelo del Evangelio.

2. Más particularmente, [yo] les mostraré los beneficios de ello.

Todos tus enemigos espirituales son sometidos. “Subiendo a lo alto, llevé cautiva la cautividad” (Ef. 4:8), es decir, ¡aquellas cosas que suelen cautivar los espíritus de los cristianos, fueron obligadas a desencadenar el triunfo de la ascensión de Cristo! Él se apoderó del botín en su resurrección y cabalgó triunfante en su ascensión a la gloria. La muerte es “sin aguijón²”. La muerte será atendida como Amán; cuando piense en herir a los creyentes, [la muerte] los honrará como él lo hizo con Mardoqueo. Podemos morir, pero somos salvos de la muerte: “¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde, oh sepulcro, tu victoria?” (1 Co. 15:55). Sigue: “Mas gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo” (1 Co. 15:57). No podemos ser retenidos por el sepulcro más de lo que Cristo pudo ser retenido por él. El infierno está desarmado y sometido, y los poderes de las tinieblas han fracasado. Aunque el diablo reúna³ tentaciones en nuestra contra, podemos verlas todas vencidas por la fe en la resurrección de Cristo: “Vuestra vida está escondida con Cristo en Dios” (Col. 3:3). Luego, por el pecado, que está sometido: Cristo le hirió de muerte en la cruz y en su resurrección, lo venció. Luego, en cuanto al mundo, recuerda lo que dice Cristo: “No temáis, manada pequeña” (Lc. 12:32); “Yo he vencido al mundo” (Jn. 16:33), es decir, “[he] vencido y triunfado de tal manera sobre él, que el mundo no les hará daño”. En cuanto al diablo, [Jesús] lo pisoteó y así también, lo harán los cristianos en breve: “El Dios de paz aplastará en breve a Satanás bajo vuestros pies” (Ro. 16:20).

Todas las bendiciones espirituales nos son procuradas. La bienaventuranza de un cristiano descansa en estas tres cosas: El perdón, la gracia y la

² Sin aguijón – Literalmente en inglés, *un-stinged*. En otras palabras, la resurrección de Cristo ha eliminado el aguijón de la muerte.

³ Reúna – Agrupa, como cuando se junta a las tropas para prepararse para la batalla.

gloria en la justificación, la santificación⁴ y la glorificación⁵. Y todas estas cosas son confirmadas por el hecho de que Cristo ha resucitado — por cárcel y por juicio fue quitado—.

Para el perdón o la justificación: Si un solo pecado hubiera quedado insatisfecho, Cristo no podría haber resucitado; todo pecado debe ser expiado⁶ con la muerte: “La paga de [todo] pecado es muerte” (Ro. 6:23) y Cristo cumpliría cada tilde de la Ley (Mt. 5:18). Pero viendo que se ha liberado [de la tumba], puedes estar seguro de que ha pagado el precio de todos los pecados: “Si Cristo no resucitó, vuestra fe es vana; aún estáis en vuestros pecados” (1 Co. 15:17). Mientras el fiador⁷ está en prisión, es señal de que la deuda no está pagada; pero vuestro fiador ha sido quitado de la cárcel y del juicio. Consuélate; todo está pagado: “El cual fue entregado por nuestras transgresiones, y resucitado para nuestra justificación” (Ro. 4:25). Dios lo llevó a prisión por la deuda de las criaturas y lo sacó de la prisión y del juicio para su consuelo, a fin de que ellos puedan ser convencidos de su satisfacción.

Para la gracia de la santificación: Él resucitó para poder [enviar] el Espíritu que nos resucite de la muerte del pecado a la vida de la gracia: “A fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva” (Ro. 6:4). Por la misma gloria del Padre, se hacen ambas cosas, es decir, por el mismo poder glorioso que resucitó a Jesús de entre los muertos. El Apóstol habla del poder de la resurrección de Cristo, es decir, de la virtud que sale de ella para los creyentes (Fil. 3:10)⁸.

Para la glorificación: Cristo resucitó antes que nosotros para abrirnos el camino y, por eso, se le llama “primicias de los que durmieron” (1 Co. 15:20). Otros resucitan como una simple mazorca de maíz, pero Cristo como las primicias. Las primicias fueron consagradas en lugar de todas las demás; así es Cristo en tu lugar. Cristo es llamado “el primogénito de entre los muertos” (Col. 1:18), es decir, el más importante, el que

⁴ **Santificación** – La santificación es la obra del Espíritu de Dios (2 Ts. 2:13), por la que somos renovados en todo a imagen de Dios (Efesios 4:24) y nos vamos capacitando más y más para morir al pecado y vivir para Dios (Ro. 6:10-11). (Catecismo de Spurgeon, Pregunta 34) y ver Portavoz de la Gracia N° 35: *Santificación* y Santificación de J.C. Ryle. Todos disponibles en CHAPEL LIBRARY.

⁵ **Glorificación** – La última etapa de la salvación, es decir, la resurrección del cuerpo en la Segunda Venida de Jesucristo y la entrada del creyente al Reino consumado de Dios. En la glorificación, los creyentes alcanzan la completa conformidad con la imagen y semejanza del Cristo glorificado y son liberados de los defectos físicos y espirituales.

⁶ **Expiado** – Pagado.

⁷ **Fiador** – El que asume la responsabilidad de la deuda de otro.

⁸ **La virtud... para los creyentes** – El poder regenerador de Dios, a través del Espíritu Santo.

resucitó por todos nosotros, el primero que entró en el cielo como persona [humana]. Hubo una resurrección de algunos antes de la glorificación del cuerpo de Cristo, pero Él fue el primogénito que representó a todos: “Jesús entró por nosotros como precursor” (He. 6:20). Jesucristo es nuestro precursor; su resurrección nos abre el camino para que resucitemos después de Él...

Considera qué cosa especial hay en la resurrección de Cristo, por encima de los otros actos de la mediación, por lo que la Escritura le da tanta importancia. ¿Qué es lo que contribuye al consuelo de los cristianos por encima de su muerte? Será necesario indagar al respecto porque la Escritura habla mucho de esta circunstancia —La resurrección de Cristo de entre los muertos—. Yo respondo...

Primero, por medio de confirmación: Confirma el corazón en la expectativa de salvación por Cristo. Con esto, se demuestra que todo el plan de salvación fue verdadero: Tienes el sello de Dios para ello. Por lo tanto, confirma el corazón en dos cosas: (1) la persona de Cristo y (2) el oficio de Cristo, del cual todo depende.

La persona de Cristo: No puede haber mayor prueba de su [deidad] que la resurrección: “Mediante el cual creéis en Dios, quien le resucitó de los muertos y le ha dado gloria, para que vuestra fe y esperanza sean en Dios” (1 P. 1:21). Y, en efecto, ahí comienza nuestra fe en que Cristo es Dios; como dice Pedro: “Vuestra está basada en Dios”. Pues bien, aquí está el sello de Dios al corazón sobre la persona del Mesías: “Declarado Hijo de Dios con poder, según el Espíritu de santidad, por la resurrección de entre los muertos” (Ro. 1:4). Allí se decidió, clara y poderosamente, que Él era así, de modo que nadie podía contradecirlo: “Verdaderamente éste era Hijo de Dios” (Mt. 27:54), como clamó el centurión. Todos se vieron obligados a reconocerlo por este motivo. [En] Hechos 13:33, se dice que fue engendrado por el Padre. En su resurrección, Él lo demuestra... Evidentemente, se demostró que Él fue engendrado por el Padre. Pues bien, aunque las misericordias del perdón, de la gracia y de la gloria fueron merecidas por otros actos de la mediación, por el acto de la resurrección quedan confirmadas y selladas porque esto establece al alma en... la verdad de la persona de Cristo.

Nos sella la verdad de su oficio: Éste fue Quien fue sellado para ser Mediador. Cuando los judíos acusaron a Cristo de usurpación⁹, Él les confirmó su oficio, solamente con la señal de la resurrección: “La generación

⁹ **Acusaron de... usurpación** – Jesús expulsó un demonio de un hombre y el pueblo judío concluyó que Él era el Mesías; pero los fariseos acusaron a Jesús de aceptar, indebidamente, este título porque decían que Él expulsaba los demonios por el poder de Belcebú. Por lo tanto, lo acusaban de asumir falsamente el cargo o posición de Mesías.

mala y adúltera demanda señal; pero señal no le será dada, sino la señal del profeta Jonás”. (Mt. 12:39), es decir, la que responde al tipo de Jonás y ¿qué fue eso, sino que estuvo tres días y tres noches¹⁰ en el sepulcro y resucitó? Como si Cristo hubiera dicho: “Si quieren un milagro y un sello del cielo, eso es todo lo que les daré”. Así lo verán en otra ocasión, en Juan 2, cuando los judíos le vieron purgar con autoridad el templo y actuar como una persona extraordinaria: “¿Qué señal nos muestras, ya que haces esto?” (2:18). ¿Qué confirmación tienes de los cielos de ser el Mesías que tomas sobre ti el reformar el templo? “Respondió Jesús y les dijo: Destruíd este templo, y en tres días lo levantaré” (2:19), es decir, “el templo de su cuerpo” (2:21). Esa era toda la señal que Él les daría, es decir, su resurrección; ésta fue la confirmación más adecuada de su oficio.

En segundo lugar, por medio de la evidencia. Es una aclaración y justificación¹¹ de los méritos de Cristo. Los beneficios adquiridos por su muerte se evidencian para nosotros en su resurrección. No sólo Dios debe ser satisfecho, sino que debe ser [revelado] al mundo que Dios fue, plenamente, satisfecho o de lo contrario, permaneceríamos bajo dudas y perplejidades todavía. Ahora, la resurrección de Cristo es el pleno descubrimiento de esa satisfacción que fue hecha por su muerte. Esto es lo que la criatura caída tiene para mostrar que Dios fue satisfecho —la resurrección de Cristo—... ¿Qué tienes que mostrarle a Satanás cuando te acuse¹² ante Dios? Pues, por la resurrección de Cristo puedes, incluso, desafiar al retador: “¿Quién es el que condenará? Cristo es el que murió; más aun, el que también resucitó” (Ro. 8:34). ¿Por qué iba Dios a dejarle salir de la cárcel, si no había pagado hasta el último centavo? Fue quitado de la cárcel y del juicio. Si Cristo siguiera todavía en la prisión de la tumba, tendrías que buscar otro fiador que compensara sus defectos y satisficiera lo que Él no pudo: “Si Cristo no resucitó... aún estáis en vuestros pecados” (1 Co. 15:17); no tenéis nada que mostrar para vuestra absolución. ¿Cómo podríais haber respondido a Satanás entonces, si vuestro fiador hubiera fracasado? Así, por medio de la evidencia.

En tercer lugar, como *prenda para nosotros*. Por la resurrección de Cristo, Dios nos da una garantía y una fianza¹³, por así decirlo, de que podemos esperar la resurrección de nuestros propios cuerpos. Pueden alegrarlo ante Dios y pueden argumentarlo por ustedes mismos ante Dios: ¡Cristo ha resucitado, por lo tanto, levántame a mí! Y a vosotros mismos: “Por tanto, seré resucitado porque Cristo resucitó. Cristo [pagó

¹⁰ **Nota del editor** – Como se mencionó anteriormente, los evangélicos difieren en sus puntos de vista sobre la cronología de la crucifixión y resurrección de Cristo.

¹¹ **Aclarar y justificar** – Evidenciar y demostrar que es justo.

¹² **Acusar** – Como en un tribunal de justicia.

¹³ **Fianza** – Porción de algo, dada por adelantado como prenda del resto.

la pena por el pecado] y fue recibido en la gloria: por lo tanto, Señor, por su causa perdóname mis pecados”. ¿O debo decir que esto es una promesa para nosotros de que nuestras personas serán resucitadas, justificadas, santificadas y glorificadas porque nuestra Cabeza ha resucitado? El Apóstol piensa que es un buen argumento, probar la resurrección de nuestros cuerpos por la resurrección de Jesucristo (1 Co. 15). “Porque si creemos que Jesús murió y resucitó, así también traerá Dios con Jesús a los que durmieron en él” (1 Ts. 4:14). El significado es que la resurrección de Cristo, no sólo manifiesta una posibilidad, sino una *necesidad* de nuestra resurrección con Él. Dios te ha dado en Él, una garantía de la resurrección para que, por medio de Cristo, puedas reclamarla, humildemente, de su mano: “Señor, creo que me resucitarás a vida eterna”. Los impíos resucitan por el poder general de Dios, pero los cristianos resucitan con referencia a la resurrección de Cristo que fue prenda para ellos de la suya. Y, por lo tanto, se observa que, inmediatamente después de la resurrección del cuerpo de Cristo, siguió la resurrección de los cuerpos de algunos de los santos para que la consideráramos como una prenda para nosotros. “Y se abrieron los sepulcros, y muchos cuerpos de santos que habían dormido, se levantaron; y saliendo de los sepulcros, después de la resurrección de él, vinieron a la santa ciudad, y aparecieron a muchos” (Mt. 27:52-53). Allí, la virtud obró, inmediatamente, para que otros del pueblo de Dios la buscaran y para que el resto del cuerpo místico de Cristo espere su turno; no sólo la Cabeza, sino también algunos de los miembros, resucitaron. Por lo tanto, aquí está nuestro consuelo porque es la gran prenda y garantía que Dios ha dado a los santos, a saber, que como se hizo con Cristo, así pueden esperar que se haga con ellos.

En cuarto lugar, por medio de la *influencia*. Cada fuente de salvación tiene su propia corriente y todo en el corazón de un creyente, depende de alguna cosa correspondiente en Cristo Jesús —nuestra muerte al pecado de su muerte, nuestra vida de su vida, nuestra santidad de su santidad—: “Y por ellos yo me santifico a mí mismo, para que también ellos sean santificados en la verdad” (Jn. 17:19). Porque todo lo que Cristo tuvo en Sí mismo como Mediador, lo tuvo y lo hizo por nosotros. Así que de estas cosas especiales, hay una especial influencia causal en los corazones de los creyentes: De la resurrección de Cristo, nuestra resurrección; de su muerte, la muerte del pecado a la vida de la gracia o a la vida de la gloria. Hay una influencia causal de la resurrección de Cristo sobre nuestros corazones, que es el don del Espíritu de Dios... para elevarnos a la gracia y a la gloria. Y, por eso, se dice que hemos sido engendrados “para una esperanza viva por la resurrección de Jesucristo de los muertos” (1 P. 1:3). La regeneración proviene de la virtud y la influencia de

ella que pasa a nuestros corazones para vencer el pecado, engendrar la nueva naturaleza y elevarnos a la gloria. Pero hay otro beneficio que debemos esperar por medio de la influencia de la resurrección de Cristo: El don del Espíritu para conformarnos a nuestra Cabeza. Cristo por su resurrección, siendo hecho una fuente de vida sobrenatural, enviará una influencia vital. Esperemos, entonces; Él nos renovará y sanará, y llevará a cabo la obra hasta la perfección en gloria. La cabeza y los miembros deben ser conforme a la medida que el modelo de las criaturas permita. Por lo tanto, tan seguro como que Cristo ha resucitado, seremos resucitados con Él en santidad, *aquí*, y en el *cielo* en el futuro... Cristo murió por el pecado para que podamos morir al pecado y Cristo resucitó a la gloria para que podamos resucitar a la gracia y a la gloria. La dependencia y la mirada de la criatura deben ser hacia el acto y la obra más propicios del Mesías. Cristo, en su totalidad, lleva en Sí mismo, la obra completa de nuestra salvación, y los diversos actos y condiciones de Cristo son correspondientes a los diversos actos y condiciones de la salvación...

He aquí un consuelo para los que tienen interés en Cristo. ¡Creyentes, conozcamos el fundamento de nuestros privilegios! Cristo ha resucitado y, por ello, ha sido declarado, poderosamente, como el Hijo de Dios. Así seremos declarados, poderosamente, como hijos de Dios en su resurrección: “Encomienda a Jehová tu camino, confía en él, y él hará” (Sal. 37:5). ¡Oh, qué consuelo hay para nuestros espíritus en estas palabras: “Cristo ha resucitado”!

Tomado de Las obras completas de Thomas Manton (*The Complete Works of Thomas Manton*), Vol. 3, 347-362, de dominio público.

Thomas Manton (1620-1677): Predicador puritano presbiteriano inglés; nacido en Lawrence-Lydiat, Somerset, Inglaterra, Reino Unido.



Por encima de todas las verdades, debemos predicar claramente [la resurrección de Cristo] y recalcarla como si fuera la vida de toda la religión. —*Thomas Manton*

Ciertamente, hay admisión gratuita al favor de Dios para todos los pecadores, a través de este Salvador resucitado. Ya se ha hecho suficiente y Dios está satisfecho. Él lo ha declarado y sellado por la resurrección de Cristo. —*Jonathan Edwards*

La resurrección de Cristo, cuando se considera en referencia a la muerte que la precedió y a la gloria que la siguió, es el gran medio para producir y fortalecer la esperanza de la vida eterna. —*A. W. Pink*

EL PODER DE LA RESURRECCIÓN DE CRISTO

George Whitefield (1714-1770)

“A fin de conocerle, y el poder de su resurrección, y la participación de sus padecimientos, llegando a ser semejante a él en su muerte” (Filipenses 3:10).

Lo que más debería preocuparnos es estar seguros de... si hemos experimentado el poder de su resurrección, es decir, si hemos recibido o no al Espíritu Santo, y si por sus poderosas operaciones en nuestros corazones, hemos sido levantados de la muerte del pecado a una vida de justicia y verdadera santidad.

Esto era lo que el gran Apóstol deseaba saber principalmente. Estaba convencido [de que] la resurrección del cuerpo de Cristo no le serviría de nada, *si no experimentaba el poder de la misma al resucitar su alma muerta.*

Además, y un fin principal de la resurrección de nuestro bendito Señor de entre los muertos, fue entrar en el cielo como nuestro representante y enviar el Espíritu Santo para aplicar a nuestros corazones esa redención que Él había consumado en la cruz, obrando un cambio completo en ellos. Sin esto, Cristo habría muerto en vano porque no nos habría servido de nada tener su justicia externa imputada a nosotros, a menos que tuviéramos una justicia interna inherente forjada en nosotros. Porque —siendo concebidos y nacidos en pecado, y consecuentemente, incapaces de tener comunión con un Dios infinitamente puro y santo— no podemos ser hechos [aptos] para verlo o disfrutarlo hasta que una renovación¹ completa haya pasado por nuestros corazones.

Sin esto, dejamos fuera al Espíritu Santo en la gran obra de nuestra redención. Pero como fuimos hechos por la concurrencia y consulta conjunta de la bendita Trinidad, y como fuimos bautizados en su nombre, así todos ellos deben concurrir en nuestra salvación: Como el Padre hizo y el Hijo redimió, así debe el Espíritu Santo santificarnos y sellarnos, o de lo contrario, habremos creído en vano. Esto, entonces, es lo que el Apóstol quiere decir con “el poder de su resurrección” y esto es lo que nos interesa saber experimentalmente, tanto como que Él resucitó.

Sin esto, aunque podamos ser moralistas, aunque podamos ser personas civilizadas y bondadosas, no somos cristianos. Porque no es un verdadero

¹ **Renovación** – Renacimiento realizado por el Espíritu Santo.

cristiano el que lo es sólo exteriormente; ni tenemos, por tanto, derecho porque diariamente profesemos creer que Cristo resucitó al tercer día de entre los muertos. Sino que es un verdadero cristiano el que lo es *interiormente*. Sólo podemos ser llamados verdaderos creyentes cuando, no sólo profesamos creer, sino que hemos sentido el poder de la resurrección de nuestro bendito Señor de entre los muertos al ser vivificados y resucitados por su Espíritu —cuando estábamos muertos en delitos y pecados— a una completa novedad, tanto de corazón como de vida.

Los mismos demonios no pueden sino creer la doctrina de la resurrección y temblar; sin embargo, siguen siendo demonios porque los beneficios de esta resurrección no se han aplicado a ellos, ni han recibido de ella un poder renovador para cambiar y despojarse de su naturaleza diabólica. Así que, a menos que no sólo profesemos saber, sino que también sintamos que Cristo ha resucitado realmente, al nacer de nuevo de lo alto, estaremos tan lejos del reino de Dios como ellos: Nuestra fe será tan ineficaz como la fe de los demonios.

Nada ha hecho más daño al mundo cristiano, nada ha hecho que la cruz de Cristo tenga menos efecto, que la vana suposición² de que la religión es algo [externo a] nosotros... Como Cristo nació del vientre de la Virgen, así Él debe ser formado *espiritualmente* en nuestros corazones. Como Él murió por el pecado, así nosotros debemos morir al pecado. Y como Él resucitó de entre los muertos, también nosotros debemos resucitar a una vida divina...

Es cierto que, en cuanto a la obra externa de nuestra redención, fue un acto transitorio³ y, ciertamente, fue consumado en la cruz. Pero la aplicación de esa redención a nuestros corazones es una obra que continuará siempre, incluso hasta el fin del mundo. Mientras haya un hombre elegido que respire sobre la tierra, que sea naturalmente engendrado⁴ de la descendencia del primer Adán, el Espíritu vivificador —comprado por la resurrección del segundo Adán, aquel Señor del cielo— debe respirar en su alma. Porque aunque existamos *por* Cristo, no puede decirse que existamos *en* Él hasta que estemos unidos a Él por un solo Espíritu y entremos en un nuevo estado de cosas, tan ciertamente como Él entró en un nuevo estado de cosas después de que resucitó de entre los muertos.

Podemos agolparnos y amontonarnos en torno a Cristo y llamarle “Señor, Señor” cuando venimos a adorar ante el estrado de sus pies; pero no le hemos tocado, efectivamente, hasta que, por una fe viva en su

² **Suposición** – Idea que se tiene por verdadera sin pruebas ni conocimiento cierto.

³ **Transitorio** – Que dura muy poco tiempo; de corta duración.

⁴ **Engendrado** – Producido; concebido.

resurrección, percibimos una virtud divina que emana de Él para renovar y purificar nuestras almas.

¿Cuán grandemente entonces, se equivocan los que se basan en una mera fe histórica en la resurrección de nuestro Salvador y sólo buscan pruebas externas para evidenciarla? [Incluso si] nosotros, los más eruditos disputadores de este mundo, pudiéramos hablar de la certeza de este hecho con la lengua de los hombres y de los ángeles, sin este testimonio interno de ello en nuestros corazones —aunque pudiéramos convencer a otros— nunca seríamos salvados por ello. Porque no somos más que hombres muertos; somos como tantos cadáveres envueltos en vendas funerarias hasta que ese mismo Jesús que llamó a Lázaro de su tumba —y en cuya propia resurrección muchos de los que dormían se levantaron (Mt. 27:52-53)— nos resucite también a nosotros por su Espíritu [vivificador] de nuestra muerte natural, en la que hemos permanecido tanto tiempo, a una vida santa y celestial.

Podríamos considerarnos felices si hubiéramos visto al santo Jesús después de que resucitó de entre los muertos y nuestras manos hubieran tocado a aquel Señor de la vida. Pero más felices son aquellos que no le han visto y, sin embargo, habiendo sentido el poder de su resurrección, creen en Él. Porque muchos vieron a nuestro divino Maestro, pero no fueron salvados por Él. Pero quien ha sentido así, el poder de su resurrección, tiene las arras⁵ de su herencia en su corazón; ha pasado de la muerte a la vida y nunca caerá en la condenación final.

Soy muy consciente de que esto es una locura para el hombre natural, como lo fueron muchas verdades similares para los propios discípulos de nuestro Señor (cuando sólo eran débiles en la fe), antes de que Él resucitara. Pero cuando estos hombres naturales, como [los discípulos], hayan sentido plenamente el poder de su resurrección, entonces reconocerán que esta doctrina proviene de Dios y dirán con los samaritanos: “Ya no creemos solamente por tu dicho” (Jn. 4:42) porque nosotros mismos, lo hemos experimentado en nuestros corazones.

Y, oh, que todos los incrédulos, todos los maestros letrados de Israel —que ahora consideran la doctrina del poder de la resurrección de Cristo (nuestro nuevo nacimiento) como un fábula ociosa y condenan a los predicadores de la misma como entusiastas⁶ y locos— simplemente *sintieran el poder de la misma en sus almas*, ya no preguntarían cómo puede ser esto. Pero estarían convencidos de ello, tanto como lo estuvo Tomás cuando vio al Cristo del Señor y como él, cuando Jesús le pidió que extendiera sus manos y las metiera en su costado, en una santa confesión

⁵ **Arras** – Prenda que se otorga como garantía en un contrato.

⁶ **Entusiastas** – Aquellos que creen que reciben una revelación directa y personal de Dios.

gritarían: “¡Señor mío y Dios mío!” (Jn. 20:28).

Pero, ¿cómo podrá un incrédulo, cómo podrá el cristiano formal llegar a “conocer a Cristo, y el poder de su resurrección”? Dios, quien no puede mentir, nos ha dicho: “Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá” (Jn. 11:25). También, dice el Apóstol: “Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios” (Ef. 2:8).

Éste, éste es el camino: —¡Camina en él!— Cree y vivirás en Cristo, y Cristo en ti. Serás uno con Cristo y Cristo uno contigo. Pero sin esto, tu bondad exterior y tus declaraciones no te servirán de nada.

Pero entonces, por esta fe no debemos entender una fe muerta y especulativa⁷,... sino un principio vivo obrado en el corazón por las poderosas operaciones del Espíritu Santo, una fe que nos permitirá vencer al mundo y abandonar todo el afecto [del mundo] por Jesucristo. Porque así habla nuestro bendito Maestro: “Cualquiera de vosotros que no renuncia a todo lo que posee, no puede ser mi discípulo” (Lc. 14:33).

Y por eso, el Apóstol... dice: “Llegando a ser semejante a él en su muerte” (Fil. 3:10), implicando así que no podemos conocer el poder de la resurrección de Cristo, a menos que seamos hechos semejantes a Él en su muerte.

Si podemos reconciliar la luz y las tinieblas, el cielo y el infierno, entonces podemos esperar conocer el poder de la resurrección de Cristo sin morir a nosotros mismos y al mundo. Pero hasta que podamos hacer esto, bien podríamos esperar que Cristo tenga concordia con Belial (2 Co. 6:15). Porque hay tal contrariedad⁸ entre el espíritu de este mundo y el Espíritu de Jesucristo, que el que quiera ser amigo de uno debe ser enemigo del otro: “No podéis servir a Dios y a las riquezas” (Mt. 6:24).

Esto puede parecer, ciertamente, una frase dura; y muchos, con el joven rico del Evangelio, pueden estar tentados de irse tristes. Pero, ¿por qué habría de ofenderles esto? Porque ¿qué es “todo lo que hay en el mundo, los deseos de la carne, los deseos de los ojos, y la vanagloria de la vida” (1 Jn. 2:16), sino vanidad y aflicción⁹ de espíritu?

Dios es amor; por eso, si nuestra propia voluntad o el mundo nos hubieran hecho felices, Él nunca habría enviado a su propio y querido Hijo Jesucristo a morir y resucitar para librarnos del poder de ellos. Pero como sólo nos atormentan y no nos pueden satisfacer, Dios nos demanda que renunciemos a ellos... ¡Oh, la profundidad de las riquezas y excelencias del cristianismo! ¡Bien pudo el gran san Pablo considerar

⁷ **Especulativo** – No se basa en hechos ni en investigaciones.

⁸ **Contrariedad** – Oposición en la naturaleza; desacuerdo.

⁹ **Aflicción** – En el original, *vejación*, estar preocupado o angustiado por alguna molestia.

todas las cosas como estiércol y escoria por la excelencia de su conocimiento; bien pudo desear, tan ardientemente, conocer a Jesús y el poder de su resurrección! Porque incluso en este lado de la eternidad, nos eleva por encima del mundo y nos hace sentarnos en lugares celestiales en Cristo Jesús. Bien pudo esa gloriosa compañía de dignos, registrados en las Sagradas Escrituras, apoyados en un profundo sentido de su llamado celestial, despreciar los placeres y beneficios de esta vida y vagar cubiertos de pieles de ovejas y de cabras, en guaridas y cuevas de la tierra, siendo destituidos, afligidos, atormentados (*Ver He. 11*).

Y ¡oh, que todos fuéramos de un mismo sentir! ¡Que sintiéramos el poder de la resurrección de Cristo como ellos! ¡Entonces, consideraríamos “todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, [nuestro] Señor” (Fil. 3:8)! Entonces, podríamos recuperar nuestra dignidad original, pisotearíamos la tierra bajo nuestros pies y con nuestras almas, estaríamos continuamente anhelando a Dios.

Y, ¿qué es lo que impide que podamos tener esa mentalidad? ¿Acaso Jesucristo, nuestro gran Sumo Sacerdote, ha cambiado? No, Él “es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos” (He. 13:8). Y, aunque está exaltado a la diestra de Dios, no se avergüenza de llamarnos hermanos. El poder de su resurrección es tan grande ahora como antes y el Espíritu Santo —garantizado para nosotros por su resurrección— está tan listo y es capaz de darnos vida a los que estamos muertos en delitos y pecados como a cualquier santo que haya vivido. ¡Solamente clamemos, ahora mismo, a Aquel que es poderoso y capaz de salvar! ¡Renunciemos a nosotros mismos y al mundo con sinceridad y verdad, sin ocultar la menor parte! *Entonces*, sí seremos cristianos de verdad. Y aunque el mundo nos eche fuera y se separe de nuestra compañía, Jesucristo caminará con nosotros y permanecerá en nosotros. Y en la resurrección general del último día, cuando la voz del arcángel y la trompeta de Dios ordenen al mar y a los sepulcros que entreguen a sus muertos, y todas las naciones comparezcan ante Él, entonces Él nos confesará ante su Padre y los santos ángeles; y recibiremos esa invitación que, entonces, pronunciará a todos los que le aman y le temen: “Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo” (Mt. 25:34).

Tomado de Los sermones selectos de George Whitefield
(*The Selected Sermons of George Whitefield*), de dominio público.

George Whitefield (1714-1770): Ministro anglicano, evangelista en el Gran Despertar, uno de los fundadores del Metodismo; nacido en Gloucester, Inglaterra.



RESURRECCIÓN Y SANTIFICACIÓN

David Martyn Lloyd-Jones (1899-1981)

Pablo estaba muy preocupado por la vida de los miembros de la iglesia de Corinto y, en particular, por su conducta. En otras palabras, estaba preocupado por su santificación. Allí estaban ocurriendo cosas que estaban muy mal. Por ejemplo, había un abuso en el servicio de la comunión, dado que algunos comían y bebían demasiado. También había problemas con el hermano más débil, con las carnes ofrecidas a los ídolos y con toda la cuestión de las sectas, las divisiones y el cisma. Ahora, el Apóstol estaba preocupado por estos asuntos, no sólo desde un punto de vista teológico primario, sino particularmente, por su efecto en la vida diaria de la Iglesia y en la vida de sus miembros.

Y exactamente de la misma manera, se preocupó por ellos sobre esta cuestión de la resurrección porque ciertas personas les habían estado enseñando una falsa doctrina al respecto... Estaban despojando toda la idea de la resurrección de nuestro Señor de su verdadero sentido y significado, y el Apóstol estaba muy preocupado por esto...

El Evangelio del Nuevo Testamento, el mensaje de la Iglesia cristiana desde el principio, se basa en la resurrección física literal del Hijo de Dios de la tumba. Se basa en la tumba vacía, en el hecho histórico literal de Cristo resucitado en el cuerpo de entre los muertos.

Y esto es vital, como enfatiza aquí el Apóstol, desde el punto de vista práctico. Su importancia emerge cuando vemos el efecto de la doctrina errada en nuestra vida diaria. ¿Te das cuenta de su argumento? Dice: “¿Qué harán los que se bautizan por los muertos, si en ninguna manera los muertos resucitan?... ¿Y por qué nosotros peligramos a toda hora?” (1 Co. 15:29-30). “Si estoy arriesgando mi vida y mi reputación en este asunto, como lo estoy haciendo”, dice Pablo, “soy un tonto si la resurrección *no* es un hecho”. “Os aseguro, hermanos, por la gloria que de vosotros tengo en nuestro Señor Jesucristo, que cada día muero” (15:31). Él moría diariamente por el Evangelio, pero dice: “Todo esto está mal, si esa otra doctrina es correcta”. “Si como hombre batallé en Éfeso contra fieras, ¿qué me aprovecha? Si los muertos no resucitan, comamos y bebamos, porque mañana moriremos” (15:32). “Así que no haya error en todo esto”, dice el Apóstol. “Lo que un hombre cree sí importa; lo que un hombre cree en detalle sí cuenta”.

Y es tan cierto en la Iglesia de hoy como lo era cuando Pablo escribió esas palabras. Lo que un hombre cree va a determinar, en última

instancia, su vida. Un hombre que es flojo en la doctrina, eventualmente se vuelve flojo también en su vida y en su conducta... No se pueden separar estas cosas; la doctrina y la conducta están indisolublemente¹ unidas. Por eso el Apóstol escribe el capítulo y lucha como lo hace por la verdad de esta doctrina en particular.

Veamos pues, por qué todo esto es cierto y cómo funciona. ¿Por qué debemos creer en la doctrina del Nuevo Testamento de la resurrección física literal? Te daré varias respuestas a esa pregunta. La *primera* es que es la única, por encima de todo lo demás, que realmente demuestra que Jesús de Nazaret es el Hijo eterno de Dios. No quiero concentrarme en esto ahora porque estamos más preocupados por los aspectos prácticos de la carta. Pero seamos claros al respecto: “Fue declarado Hijo de Dios con poder, según el Espíritu de santidad, por la resurrección de entre los muertos” (Ro. 1:4). Fue la resurrección lo que, finalmente, convenció a los discípulos que hasta entonces, habían estado inseguros y dudosos y escépticos. Estaban cabizbajos y abatidos por la muerte en la cruz. Fue cuando se enteraron que había resucitado cuando comprendieron que era el Hijo de Dios. La resurrección es la verdad final última de la deidad única del Señor Jesucristo. Es la certeza última del hecho de que Él es, verdaderamente, el Hijo unigénito de Dios.

Y eso, por supuesto, lleva a esto: Corroboración de su afirmación de que el Padre lo envió al mundo para hacer una obra específica. Él siguió diciendo eso; es el gran tema de Juan 17. Había sido enviado al mundo por el Padre para hacer una obra determinada y aquí, mediante la resurrección, Él demuestra que ha hecho la obra y la ha completado. Pablo dice en Romanos: “El cual fue entregado por nuestras transgresiones, y resucitado para nuestra justificación” (Ro. 4:25). Si el Señor Jesucristo no hubiera resucitado literal y físicamente de la tumba, nunca podríamos estar seguros de que realmente hubiera terminado la obra. ¿Y cuál era la obra? Era satisfacer las demandas de la Ley. La Ley de Dios exige que el castigo por el pecado sea la muerte y si Él ha muerto por nuestros pecados, no sólo debemos estar seguros de que ha muerto, sino que ha acabado con la muerte y que ya no hay más muerte. Él ha respondido a las máximas demandas de la Ley y, de la misma manera, ha respondido a todas las máximas demandas de Dios. El argumento del Nuevo Testamento es que cuando Dios resucitó a su Hijo de entre los muertos, estaba proclamando a todo el mundo: “Estoy satisfecho en Él: Estoy satisfecho en la obra que Él ha hecho. Lo ha hecho todo. Ha cumplido con todas las demandas. He aquí, Él ha resucitado; por lo tanto, estoy satisfecho en Él”.

¹ **Indisolublemente** – Que no puede ser disuelto o destruido; permanentemente.

Y no sólo eso. La resurrección demostró que Él ha vencido a todo enemigo que se oponía a Él, a Dios y a nosotros. No sólo ha satisfecho la Ley y conquistado la muerte y el sepulcro, sino que ha vencido al diablo y a todas sus fuerzas, y al infierno y a todos los principados y potestades del mal. Ha triunfado sobre todos ellos y lo demuestra en la resurrección. El diablo no puede retenerlo; la muerte y el infierno no pueden retenerlo. Los ha dominado a todos; ha emergido al otro lado. Él es el Hijo de Dios y ha completado la obra que el Padre le había enviado a hacer.

Y todo esto, por supuesto, es de vital importancia para nosotros. Es sólo a la luz de la resurrección que tengo, por fin, la seguridad de que mis pecados han sido perdonados. Es sólo a la luz de la resurrección que, finalmente, sé que estoy en la presencia de Dios, absuelto de la culpa, la vergüenza y de toda condenación. Ahora puedo decir con Pablo: “Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús” (Ro. 8:1) porque miro el hecho de la resurrección. Es allí donde lo sé.

Nota cómo Pablo argumenta en 1 Corintios 15:17 cuando dice: “Si Cristo no resucitó, vuestra fe es vana; aún estáis en vuestros pecados”. Si no es un hecho que Cristo, literalmente resucitó de la tumba, entonces todavía eres culpable ante Dios. Tu castigo no ha sido pagado, tus pecados no han sido tratados, todavía estás en tus pecados. Eso es lo que importa: Sin la resurrección, no puedes presentarte [ante Dios]. Todavía no estás seguro de si eres perdonado y si eres un hijo de Dios. Y cuando un día llegues a tu lecho de muerte, no lo sabrás, no estarás seguro de a dónde vas, ni qué te va a pasar. “El cual fue entregado por nuestras transgresiones, y resucitado para nuestra justificación” (Ro. 4:25). Es allí, en la resurrección, donde me presento ante Dios libre y absuelto², y sin temor, y sé que soy realmente un hijo de Dios. Entonces, ¿ves la importancia de aferrarse a esta doctrina y por qué debemos insistir en los detalles, y no contentarnos con una creencia vaga y general en el Señor Jesucristo?

“Pero espera un momento”, me imagino a alguien diciendo. “Sí, creo todo eso, pero mi problema es, ¿cómo voy a vivir en este mundo? Usted me anuncia esa gran doctrina, pero sigo enfrentándome al mundo, a la carne y al diablo; ¿cómo voy a enfrentarme a eso? Mi problema es cómo ser santificado, cómo llegar a ser santo; cómo avanzar en la gracia y en el conocimiento de Dios, y seguir a Cristo como quiero hacerlo”. Bien, la respuesta a todo esto, se da aquí en 1 Corintios 15:19: “Si en esta vida solamente esperamos en Cristo, somos los más dignos de conmiseración de todos los hombres”, junto con los otros versículos que ya les he citado

² **Absuelto** – Declarado libre de culpa o de responsabilidad.

—versículos 13, 32, 33—. Todo esto tiene un efecto muy práctico en nuestras vidas en este mundo.

Permítanme resumir todo esto. “Si estamos preocupados por nuestra vida en este mundo y por la lucha contra el mundo, la carne y el diablo, lo primero que debemos hacer” dice el Apóstol, “es echar una mirada global a esta gran doctrina de la resurrección de nuestro Señor”... El Señor Jesucristo, según esta enseñanza, vino al mundo a causa de este problema del pecado y la maldad: Ese es el sentido completo de la Encarnación. Él vino para combatir el reino de las tinieblas, el reino del pecado y de Satanás. Ese fue el propósito completo de su venida. Y no sólo vino a hacer eso, sino que tuvo éxito al hacerlo. Fue tentado por el diablo y lo rechazó cada vez: Lo dominó. Derrotó y conquistó al diablo y a todos sus poderes, y a todas las fuerzas del Hades. Y, finalmente, lo ha hecho en su muerte y en su gloriosa resurrección.

“Sí, todo eso está muy bien”, dice nuestro interlocutor, “pero después de todo, cuando miro a mi alrededor, no me parece ver eso. Veo el pecado y la tentación flagrantes, rampantes. Veo a los hombres empeñados en el mal. Veo guerras y oigo rumores de guerras. Está muy bien que digas que Cristo ha conquistado todos estos poderes, pero yo no veo eso en este mundo. ¿Cómo va a ayudarme realmente todo lo que dices?”.

La respuesta está aquí, en los versículos 23-25. “Pero cada uno en su debido orden: Cristo, las primicias; luego los que son de Cristo, en su venida. Luego el fin, cuando entregue el reino al Dios y Padre, cuando haya suprimido todo dominio, toda autoridad y potencia. Porque preciso es que él reine hasta que haya puesto a todos sus enemigos debajo de sus pies”.

Ahora, esto significa que el Señor Jesucristo todavía continúa la lucha. Cuando estuvo en la tierra en su propia persona, derrotó al enemigo en cada punto y, finalmente, lo derrotó en la cruz y en la resurrección. Sí, pero ahora, habiendo ascendido al cielo, ha llevado cautiva la cautividad y está sentado a la derecha del trono de Dios, con autoridad y poder. ¿Y qué está haciendo allí? Bien, según esta enseñanza, está reinando allí. Este mundo no se ha salido de sus manos. Todavía es el mundo de Dios, y Cristo todavía está gobernando y reinando sobre él. Toda autoridad está en sus manos. Él ha sido capaz de abrir el Libro de la historia y el Libro del destino. Sólo Él fue lo suficientemente fuerte para romper los sellos y abrir el Libro. Así que lo que se nos enseña por la resurrección es que Cristo todavía está allí llevando a cabo su propio propósito.

No lo entendemos todo. No entendemos por qué no puso fin a todo inmediatamente, pero ha decidido no hacerlo así. Ha elegido salvar a un

cierto número de personas; la plenitud de los gentiles y la plenitud de Israel tienen que completarse. Pero esto es lo cierto: Tan ciertamente como que Cristo se levantó triunfante sobre la tumba, Él está reinando en este momento, y Él va a reinar hasta que llegue el tiempo de su retorno. El Señor Jesucristo va a regresar a este mundo y, finalmente, tomará al diablo y a todas sus huestes, y los arrojará a un lago que arde con fuego. El mal y el pecado y el engaño, y todo lo que se opone a Dios, van a ser destruidos completamente y Cristo devolverá un reino perfecto a su Padre. Es absolutamente cierto: Él debe reinar, reinará, hasta que todos sus enemigos hayan sido puestos debajo de sus pies.

Ahora, debemos comenzar con eso. Nuestra tendencia es a asustarnos por el diablo y por la tentación y el poder y las fuerzas del mal. “Ah”, decimos, “¿cómo puede un hombre, un hombre débil, luchar contra todo eso?”. Yo digo, aparta la mirada de ti mismo por un momento; mira lo que viene. Él está reinando; Él gobierna y, finalmente, va a derrotar a sus enemigos y dará fin a todo. Ese es el cuadro general.

Pero permíteme mostrarte el argumento de una manera un poco más personal. ¿Cómo puedo aplicar todo eso a mi propio caso? Lo hago de esta manera. En un sentido espiritual, ya he resucitado con Cristo: Lo hemos visto en nuestros estudios anteriores. Yo estoy en Cristo y Cristo está en mí. Debo considerarme realmente muerto al pecado y vivo para Dios. He muerto con Cristo; he sido sepultado con Él; y he resucitado con Él. Como hombre nuevo, estoy en Cristo; y como hombre nuevo en Cristo, he resucitado. He terminado con la muerte. En cuanto a mí concierne, tengo que morir físicamente, pero he terminado con la condena de la muerte, y el terror y el aguijón de la muerte han sido quitados. Ya he resucitado con Él espiritualmente.

Pero aquí quiero enfatizar este otro aspecto. Ya he resucitado con Él espiritualmente, pero todavía voy a resucitar con Él en un sentido físico y literal. “Porque así como en Adán todos mueren, también en Cristo todos serán vivificados. Pero cada uno en su debido orden: Cristo, las primicias; luego los que son de Cristo, en su venida...” (vv. 22-23) y luego, todos los demás. La realidad de la resurrección de Cristo, es un anuncio y una proclamación cierta y absoluta de que tú y yo, y todas las personas, resucitaremos, igualmente, de la tumba en el cuerpo. El Apóstol explica cómo sucede todo esto en la última parte de este gran capítulo —léanlo ustedes mismos, todo está allí—. “Todos seremos transformados” (v. 51). No será de carne y sangre. Habrá un cambio en “un abrir y cerrar de ojos”. Pero todos vamos a resucitar como el Señor Jesucristo cuando se levantó de la tumba en esa tercera mañana. Habrá algunas

personas que queden en la tierra cuando el Señor venga y serán transformadas; se trata de lo mismo.

Pero, ¿qué significa todo esto? Permíteme decirte lo que dice la Escritura y verás su significado en el asunto de nuestra santificación, y en el asunto de nuestra vida diaria. Lo que sí sé es que todos compareceremos ante el trono del juicio de Cristo y daremos cuenta de las obras hechas en el cuerpo, sean buenas o malas. Y permítanme recordarles, pueblo cristiano, que eso es cierto para ustedes y para mí. Cada uno de nosotros que es cristiano, tendrá que comparecer ante ese trono y rendir cuentas. Pero ahora, vean el significado de la doctrina de la resurrección... Un hombre que se da cuenta cada día de su vida que tiene que presentarse ante Cristo y rendir cuentas, es un hombre que muy pronto va a prestar atención a la manera en que está viviendo.

Todos compareceremos ante Él y, no sólo eso, sino que leemos en 1 Juan 3:2 que “le veremos tal como él es”. ¡Qué tremendo pensamiento es ese! Aquí en la tierra, hemos pasado nuestro tiempo leyendo sobre Él, pensando y meditando acerca de Él, pero entonces, lo veremos tal como Él es. “Ahora vemos por espejo, oscuramente; mas entonces veremos cara a cara” (1 Co. 13:12). ¿Te das cuenta de eso? Es la resurrección la que te dice eso —su Resurrección, tu resurrección—. Además, la siguiente frase en 1 Juan 3:2, nos dice que seremos semejantes a Él. Pablo dice aquí en 1 Corintios 15:53 que seremos incorruptibles: “Es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción” y, en Filipenses 3:21, nos dice que el Señor regresará y que Él “transformará el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya, por el poder con el cual puede también sujetar a sí mismo todas las cosas”. Mi propio cuerpo será transformado; seré incorruptible; seré glorificado; seré semejante a Él, incluso, en mi cuerpo. ¡Qué pensamiento tan asombroso!

Y más allá de todo eso, estas Escrituras nos dicen que pasaremos nuestra eternidad en su gloriosa presencia. Estaremos con Él —con Dios, con Cristo, con el Espíritu Santo— con los espíritus de los justos perfeccionados, con los santos ángeles. Porque resucitaremos, seguiremos adelante y pasaremos nuestra eternidad en esa gloria indescriptible. Eso es lo que la Escritura nos dice que es el significado y el sentido de esta doctrina de la resurrección.

¿Qué concluyo entonces, de todo esto? ¿Cuáles son las deducciones que, inevitablemente, debemos sacar de todo esto si realmente lo creemos? Pues la primera, seguramente, es que si eso es cierto, entonces, no debemos tener nada que ver con este mundo condenado. Si realmente creo que este mundo es malo y que pertenece a Satanás, debo creer al

Apóstol cuando dice que Cristo debe reinar hasta que haya puesto a todos sus enemigos bajo sus pies. “Luego el fin, cuando entregue el reino al Dios y Padre, cuando haya suprimido todo dominio, toda autoridad y potencia” (1 Co. 15:24). El mensaje del Nuevo Testamento es que el mundo está controlado por el diablo y por el infierno. La mundanalidad es mala —los deseos de la carne y los deseos de los ojos y la vanagloria de la vida—. Todo es maldad; todo está bajo condenación. Va a ser destruido, total y completamente. Si creemos todo esto, ¿todavía podemos desearlo? ¿Todavía lo queremos? ¿Consideramos como estrecho el Evangelio que nos dice que le demos la espalda a todo eso? ¿Qué interés podemos tener en él?...

Mi [siguiente] deducción es que... nunca debemos desanimarnos. Oh, voy a ir más allá —no tenemos derecho a desanimarnos—. Es un pecado estar desanimado. Un cristiano desanimado es una contradicción en términos; está negando a su Señor. No debemos desanimarnos porque no estamos abandonados a nosotros mismos. Él está allí, sentado a la derecha de Dios. Él está reinando y ha dicho: “Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra” (Mt. 28:18). ¿No sabéis, dice Pablo, escribiendo a los Efesios, el poder que obra en vosotros? Es “la grandeza de su poder... la cual operó en Cristo, resucitándole de los muertos” (Ef. 1:19-20). No tienes derecho a desanimarte. Él, invisible, todavía está con nosotros, llevando a cabo sus propósitos, formando su reino, reuniendo a sus elegidos, obrando todo para ese fin último. No estamos abandonados a nosotros mismos.

Luego está esta gran palabra con la que Pablo termina 1 Corintios 15: “Así que, hermanos míos amados, estad firmes y constantes, creciendo en la obra del Señor siempre, sabiendo que vuestro trabajo en el Señor no es en vano”. No puede ser [desanimarse] a la luz de este último hecho. No importa mucho lo que los hombres puedan decir de ti; es lo que el Señor piensa lo que importa. Los hombres pueden reírse de ti, pueden burlarse de ti; pueden desestimarte, pueden olvidarse de ti y, por supuesto, si estás pensando en términos de tiempo, eso es muy grave. Si sólo estás pensando en este mundo, entonces cuanto mayor sea el elogio que recibas de los hombres, mejor para ti. Pero nuestro Señor dijo sobre gente así: “De cierto os digo que ya tienen su recompensa” (Mt. 6:2). Es la única recompensa que van a obtener —la alabanza de los hombres en este mundo pasajero y temporal—. Más si sabes que eres un hijo de Dios y que vas a estar ante Él y verlo cara a cara, lo único que va a contar contigo es lo que Él piensa, no lo que piense nadie más. No te desanimes.

Entonces saco esta cuarta deducción: Que el mundo no puede separarme de Él y de su amor. “Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte,

ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro” (Ro. 8:38-39). Me he desesperado de mí mismo mil veces y mi única esperanza en esos momentos es que, aunque no pueda ver nada en mí mismo, Él me ha amado, ha muerto por mí y nunca me abandonará. Estoy seguro de ello.

Pero también saco esta deducción: Si todo esto es cierto —y lo es—, entonces no tengo tiempo que perder ni tiempo de sobra. Lo veré tal como Él es. Seré como Él. Estaré ante su trono de juicio. ¿Tengo tiempo que perder en estos días y en este mundo? Los días y las semanas, los meses y los años se me escapan entre los dedos. Estaré muerto antes de saber dónde estoy. No tengo ni un momento que perder. Si creo que voy a ir allí, ya es hora de que empiece a prepararme... Si, por tanto, vas a enfrentarte al Rey de reyes y al Señor de señores y a tener una audiencia con Él, ¿tienes un segundo que perder? “Todo aquel que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, así como él es puro” (1 Jn. 3:3). Si no quieres sentirte avergonzado de ti mismo y sentir que eres un canalla cuando estés de pie y mires su bendito y santo rostro, y veas las marcas de los clavos y la herida en su costado, la cual sufrió por ti, entonces prepárate para verlo, prepárate para encontrarte con Él.

Entonces, por sobre todas las cosas, detengámonos en la gloria de todo ello. Aquí, todavía estamos en este mundo pecador, y hay tantos desalientos, y la gente puede malinterpretarnos, y las cosas parecen ir en contra nuestra. Amigos míos, no se fijen en ellas. “No mirando nosotros las cosas que se ven, sino las que no se ven; pues las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas” (2 Co. 4:18). ¡Oh, que el Espíritu Santo nos abra los ojos! Si pudiéramos ver algo de ellas: “Las que Dios ha preparado para los que le aman” (1 Co. 2:9). ¡La visión de Dios! ¡Estar con Cristo! La inefable³ pureza y santidad de todo ello: ¡El gozo y el canto y la gloria! Sin suspiros, sin penas, sin lágrimas, todo eso será dejado atrás. La gloria y la felicidad y el gozo y la paz perfectos, sin mezcla, sin disolución⁴ —la resurrección nos dice que, si pertenecemos a Cristo, vamos hacia eso—...

Pero luego, para coronarlo todo, en el último versículo de este decimoquinto capítulo, Pablo usa la palabra *así que*. Ese es el argumento; ves la lógica —no puedes escapar de ella—. No es sólo un lenguaje hermoso. Ustedes han oído a la gente deleitarse en un servicio hermoso y decir:

³ **Inefable** – Demasiado grande para ser descrito con palabras.

⁴ **Sin disolución** – Sin aleación. Completo y sin reservas; puro.

“¡Qué maravilloso, qué hermoso, qué perfecto —el equilibrio y la cadencia y el ritmo de las palabras—!”. Pero eso no es lo que el Apóstol quiere que sientas. Quiere que digas esto: “Así que” —“Así que, hermanos míos amados, estad firmes y constantes”—. Que digan lo que quieran de ti. Mantente en tu doctrina como un hombre, constante. Es la doctrina de Dios; es eterna. Mantente firme, constante, “creciendo en la obra del Señor siempre”. En tu vida personal y en tu forma de vivir, en tu vida en la Iglesia y en tu servicio a Él, en tu evidencia personal y en tu testimonio, en toda tu vida: “¡Creciendo!”, “sabiendo que vuestro trabajo en el Señor no es en vano”. La doctrina de la resurrección —¡qué estímulo para nuestra santificación!—.

Que nada se interponga entre nosotros y toda esta poderosa verdad que hemos estado considerando juntos. Esto es vital. Esto es vida. Esto es todo.

Tomado de La Doctrina de la Resurrección (*The Doctrine of the Resurrection*) en La seguridad de nuestra Salvación: Explorando la profundidad de la oración de Jesús por los suyos: Estudios en Juan 17 (*The Assurance of Our Salvation: Exploring the Depth of Jesus' Prayer for His Own: Studies in John 17*). (Wheaton, IL: Crossway Books, 2000), 486-502. Usado con permiso.

David Martyn Lloyd-Jones (1899-1981): Autor y predicador expositivo galés, nacido en Cardiff, Gales, Reino Unido.



CRISTO, LAS PRIMICIAS

Charles H. Spurgeon (1834-1892)

“Mas ahora Cristo ha resucitado de los muertos; primicias de los que durmieron es hecho” (1 Corintios 15:20).

El texto nos dice que Cristo es “primicias de los que durmieron”. Algunos profesantes se deleitan mucho en la esperanza de que se encuentren entre “los que vivimos, los que hayamos quedado” (1 Ts. 4:15, 17) en la venida de Cristo y así, no morir nunca. Confieso que me regocijo mucho en la esperanza de que Cristo vendrá; pero la perspectiva de no morir nunca, no tiene ningún tipo de atractivo para mí porque creo que los que nunca mueren pierden un gran privilegio. Al menos para nuestra comprensión, así parece, pues Cristo es “las primicias de *los que durmieron*”. Oh, entonces, es una cosa bendita dormir para que Cristo esté para nosotros en la posición de las primicias. Los que nunca mueren, difícilmente pueden experimentar la comunión con Cristo en su muerte como aquellos que duermen en Jesús. Mientras que tú y yo, que sentimos el aguijón del dardo de la muerte, podremos decir en la eternidad: “Yo también pasé por el sepulcro. Él estaba conmigo pasando por el valle de la sombra de muerte. Yo, en mi propia persona, conocí la muerte y la resurrección también, como lo hizo mi Señor, pero que tú que nunca has muerto, sólo puedes comprenderlo de oídas y de palabra”. ¡Oh, dichosos los que mueren! Los que estén vivos y permanezcan, no les superarán en ningún privilegio ni honor.

Pero, ¿qué significa que Cristo sea “las primicias”? Recordarán que había una fiesta de los judíos llamada la fiesta de las primicias, cuando se sacaba la primera gavilla de la cosecha como señal de la totalidad. En primer lugar, se levantaba como ofrenda elevada y luego, se mecía de un lado a otro como una ofrenda mecida, siendo así, dedicada a Dios en testimonio de la gratitud de los propietarios de la tierra por la cosecha que el Señor había dado. Ahora, esto ocurría el primer día de la semana. Recordarán que primero se celebraba la Pascua; luego venía un día de Reposo; después venía la fiesta de las primicias. Así que Cristo murió en el día de la Pascua; Él, como el Cordero de Dios inmolado de la Pascua de Dios, murió exactamente en la fecha de la Pascua. El día siguiente era el reposo sabático: Por lo tanto, el cuerpo de Cristo permaneció en la tumba. Luego, temprano en la mañana del primer día, antes de que amaneciera, cuando todavía el sol estaba saliendo sobre la tierra, Cristo resucitó en la mañana de la fiesta de las primicias. Así, Él se revela como la bendita gavilla mecida que precede

y consagra toda la cosecha. Pero el creyente no instruido me pide que lo explique con más detalle.

Amados, recordad entonces que Cristo fue el primero que resucitó de entre los muertos en orden del tiempo. Me mencionarás a Enoc (Gn. 5:24) y a Elías (2 R. 2:11-12). Te contestamos que ellos nunca murieron, sino que fueron trasladados para no ver la muerte. Me recordarás al hijo de la viuda que fue resucitado por Elías (1 R. 17:17-24) y al joven revivido por Eliseo (2 R. 4:12-37). Sí, pero estos no son los casos en cuestión. Ellos fueron resucitados, *pero volvieron a morir*. Todos los casos en el Antiguo Testamento, son sólo restauraciones temporales y, así también, en el Nuevo. En ningún caso, excepto en el de Lázaro (Jn. 11:1-44), fueron enterrados en realidad, de modo que ninguno de ellos, salió de sus tumbas. Incluso en el caso de Lázaro, vivió para luego morir. Tuvo una licencia¹ para salir de la tumba; pero al expirar el debido tiempo, su cuerpo fue entregado al guardián designado. Cristo fue el primero que, *realmente*, resucitó para no morir. Él encabeza la vanguardia a través del oscuro desfiladero² y su frente saluda primero la luz de las llanuras del cielo más allá de las tinieblas... Oh, entonces, cantadlo con cánticos, hacedlo sonar con voz de trompeta hasta los confines de la tierra: ¡Cristo es el primero que regresó de las fauces de la muerte para anunciar la inmortalidad y la luz!

También es el primero en cuanto a la causa. Porque cuando regresa de la tumba, lleva a todos sus seguidores detrás de Él en una gloriosa marcha... De repente, brilló como un sol sobre la noche de la muerte y dispersó su oscuridad. Como Sansón en Gaza arrancó las puertas de la muerte y se llevó los barrotes del sepulcro. Como David, libró a su rebaño de las fauces del león y tomó al monstruo por la quijada y lo mató. Como Abraham, regresó triunfante de la matanza de los reyes. Como Moisés, sacó a su Israel de la casa de servidumbre... ¿Quién es éste que sube de la tierra de las tinieblas a las puertas del sepulcro? ¿Quién es éste que arrastra cautivo al sombrío príncipe de los reinos de la sombra de la muerte? ¿Quién es éste, tan fuerte, tan poderoso que los muros diamantados³ ceden ante Él y las puertas de bronce se rompen en dos? ‘¡Es Él!’ ‘¡Es Él!’... ¡La victoria en la cruz es sucedida por una victoria en la tumba! El que ganó el cielo para la tierra cuando murió, gana el cielo para los muertos cuando desciende a la tumba. ¡Entonad sus alabanzas! ¡Anunciad sus victorias! Que el mismo cielo se encargue de la tarea: “Él ‘llevó cautiva la cautividad’ (Ef. 4:8), [ha despojado] el sepulcro y ha quitado a la muerte su aguijón. ¡Él

¹ **Licencia** –Permiso por un tiempo.

² **Desfiladero** – Paso estrecho y empinado en el cual se requería que las tropas marcharan en una sola fila.

³ **Diamantados** – Como una piedra de dureza superior, por lo tanto, incapaz de ser penetrado.

es la muerte de la muerte y la destrucción del infierno!”.

Pero además, Él es el primero en cuanto a la garantía. Las primicias eran una garantía de la cosecha... ¿De dónde, oh poder divino, trajiste esta gloriosa gavilla, este cuerpo de nuestro Señor, tan brillante y glorioso? ¿De dónde lo trajiste, oh Espíritu del Señor? ¿Existe una cosecha de muchos cortes⁴ de gavillas como ésta? “Sí, ciertamente”, dice el maestro; “éste es sólo uno entre muchos, el primogénito entre muchos hermanos”. Sabemos muy bien que debe haber una gloriosa cosecha de cuerpos de resurrección y cuerpos inmortales, puesto que Jesucristo, revestido de inmortalidad y luz, camina entre los hijos de los hombres [como] garantía de todos los demás.

Él fue, de nuevo, las primicias, no sólo como garantía, sino como representante de la totalidad. Cuando la gavilla de las primicias era mecida delante de Dios, se consideraba que toda la cosecha había sido traída al santuario; toda era dedicada, toda consagrada, desde esa misma hora. Así, cuando Cristo resucitó como una ofrenda elevada desde el sepulcro y cuando anduvo entre el pueblo como una ofrenda mecida, moviéndose entre sus discípulos, consagró toda la cosecha. Todos los muertos justos fueron, virtualmente, resucitados en Él. Todos los miembros elegidos de su cuerpo tuvieron una resurrección cuando su cabeza apareció como “resucitad[a]... verdaderamente” y, además, todos fueron dedicados y consagrados a Dios por la dedicación [de Cristo] como primicias al Altísimo. ¡Triunfen, hijos de Dios, triunfen en esto! ¡Hoy están resucitados en Cristo! No vemos a los santos todavía ascendidos; más bien, vemos sus huesos secos en el valle y preguntamos: “¿Vivirán estos huesos secos?” (Ez. 37). “Pero vemos a aquel que fue hecho un poco menor que los ángeles, a Jesús, coronado de gloria y de honra, a causa del padecimiento de la muerte” (He. 2:9), y sabemos que ha resucitado y está sentado a la diestra del Padre. Y por la fe, percibimos que como nuestra cabeza del pacto, “juntamente con él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús” (Ef. 2:6), incluso en Él; porque Él es “cabeza sobre todas las cosas a la iglesia, la cual es su cuerpo, la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo” (Ef. 1:22-23). Nunca dudes, creyente, de tu resurrección, dado que el segundo Adán fue liberado de las ataduras del sepulcro.

Y ahora, por último, cerraremos notando la influencia de toda la doctrina de la resurrección y la conexión de Cristo con ella sobre nuestros propios espíritus. Primero, miremos bien *la santidad de nuestros cuerpos*. “¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo? Si alguno destruyere el templo de Dios, Dios le destruirá a él” (1 Co. 6:19, 3:17). No creemos en los

⁴ Cortes – Grupos de doce gavillas de grano colocadas en posición vertical y apoyándose unas en otras para permitir que el grano se seque y madure.

templos consagrados; pensamos que es totalmente absurdo, hablar de ladrillos y concretos sagrados; pero sí sabemos por la autoridad bíblica que el cuerpo es santo —que el cuerpo del santo es realmente tan santo como los hombres pretenden que pueden ser las iglesias y los templos—. Ahora, hermanos, si nuestros ojos miran la vanidad, hemos profanado las ventanas de la casa de Dios; si nuestras lenguas hablan lo que es malo, ¿no hemos profanado las puertas del templo del Señor? Procuremos que nuestros pies no nos lleven a ninguna parte, sino a donde nuestro Maestro pueda ir con nosotros, no sea que las columnas de nuestra casa se conviertan en nuestra destrucción, como las columnas del antiguo templo filisteo (Jue. 16:30). Cuidemos de que nuestras manos sólo estén extendidas a lo que es puro y hermoso, no sea que, como Belsasar, profanemos los vasos del templo del Señor (Dn. 5:2-4). Los que miman el cuerpo, los que se fijan en su adorno, los que consideran su salud física más que su pureza moral, olvidan el fin superior de su ser. ¿Qué es la belleza después de todo? ¿Qué es la belleza que puede dar la habilidad humana? ¿Ves esa calavera? “Id, llevadlo a la habitación de mi señora, y decidle que, aunque se maquille con una pulgada de grosor, al final llegará a este semblante”⁵. Y di a todos los que piensan tanto en la belleza y en la elegancia: “Ese color marrón mortecino que los gusanos y la tierra le darán, es la semblanza natural del hombre y, al final, a ese color debe llegar la más bella”. Pero hay otra manera de cuidar tu semblante: Procurando que tu mejilla no se sonroje nunca de vergüenza, que tus manos no se oscurezcan por las malas acciones y que tu carne no se manche por la lascivia o el contacto con lo que es malo. “¿Quitaré, pues, los miembros de Cristo y los haré miembros de una ramera?” (1 Co. 6:15), dice el apóstol Pablo, cuando pide a los hombres que procuren que sus cuerpos sean castos y puros. ¿No sabéis que, si sois cristianos, vuestra misma carne ha sido comprada con la sangre de Cristo y que vuestro mismo polvo es precioso a sus ojos? Tened cuidado, oh tened cuidado, de que no venga aquí la inmundicia de la serpiente y de que contaminéis los miembros de vuestro cuerpo, no sea que el Señor os aborrezca y os expulse de su presencia, como cosas que no le importan, pues no son tuyas.

Miremos las cosas bajo esta luz y así, por el Espíritu Santo, escapemos del pecado. ¿Qué? ¿Se deleitarán con la vanidad estos ojos que un día “verán al Rey en su hermosura” (Is. 33:17)? ¿Hablarán estos labios que han de estar afinados con melodiosos sonetos “cantados por lenguas flamígeras de lo alto”⁶, lo que es liviano, frívolo y que no sirve para edificación? ¿Qué? ¿Se entregarán estos dedos que han de tocar las arpas

⁵ **Nota del editor** – Referencia de Charles H. Spurgeon al Acto 5, Escena 2 de *Hamlet* de William Shakespeare.

⁶ **Robert Robinson** (1735-1790) – Pastor inglés. Fragmento del himno *Ven, Fuente de toda bendición* (Come Thou Fount of Every Blessing).

de oro a obrar la injusticia con avidez? No, puesto que hemos de ser compañeros de los ángeles —y más gloriosos que ellos— y puesto que estos cuerpos han de ser hechos semejantes al cuerpo de Cristo, mantengámoslos puros, lavados con agua limpia por su Espíritu, renovados y preservados, para que no nos desviemos hacia el pecado.

Pero, en segundo lugar, surge aquí otro pensamiento. *¿Estamos entre aquellos para los que Cristo se presentó como primicias?* Porque Cristo ha de resucitar primero, como las primicias, “luego los que son de Cristo, en su venida” (1 Co. 15:23). Entonces, ¿cuándo resucitarán los impíos?

Hay dos resurrecciones, y “bienaventurado y santo el que tiene parte en la primera resurrección; la segunda muerte no tiene potestad sobre estos” (Ap. 20:6). Cuando el Señor venga del cielo con la trompeta del arcángel y la voz de Dios, entonces los muertos en Cristo despertarán repentinamente de su sueño y serán ofrecidos a Dios como la gran cosecha, el gran Pentecostés, del que la resurrección de Cristo fue las primicias.

¿Qué será entonces de los impíos? Seguirán pudriéndose en sus tumbas. El gusano se alimentará de ellos; serán cenizas bajo los pies de los santos. Y mientras los justos pisan esta tierra y, en el escenario de su conflicto, disfrutan de mil años de triunfo; mientras los pies de Cristo se afirmarán en los últimos días sobre el Monte de los Olivos; mientras su pueblo se inclinará en torno a Él y reinará con Él, triunfante sobre la criatura que, una vez, estuvo sujeta a la vanidad, bajo sus pies estarán los cadáveres de sus impíos perseguidores⁷. En lo profundo de sus tumbas, se pudrirán aquellos reyes y príncipes infames, y aquellas multitudes y naciones negligentes que no conocieron a Jehová y no quisieron ser obedientes a su Hijo, dijeron: “Rompamos sus ligaduras, y echemos de nosotros sus cuerdas” (Sal. 2:3). Y ahora, ¿dónde están? “La muerte los pastoreará, y los rectos se enseñorearán de ellos por la mañana;... icómo han caído los valientes en medio de la batalla!... serán porción de los chacales” (Ver Sal. 49:14; 2 S. 1:25; Sal. 63:10).

Pero, ¿entonces qué? Cuando los esplendores de la era milenaria hayan terminado, entonces, vendrá el fin. El Rey ascenderá al tribunal; Aquel que vino a reinar con su pueblo, repentinamente, sentado en su trono, ordenará a su ángel que proclame el [juicio] final. Entonces, de mala gana, las almas atormentadas en el infierno volverán de Tofet⁸ para reunirse con sus cuerpos igualmente culpables y Aquel que es ca-

⁷ **Nota del editor** – Entendemos que no todos están de acuerdo con el punto de vista de Spurgeon sobre el fin de los tiempos y el milenio como se expresa aquí.

⁸ **Tofet** – Pozo de fuego o pira funeraria. Lugar en Jerusalén en el Valle del hijo de Hinom (Gehena) donde los israelitas celebraban sacrificios humanos inmolando a sus hijos al dios Moloc.

paz de destruir tanto el cuerpo como el alma en el infierno, dirá: “Recoged primero la cizaña, y atadla en manojos para quemarla” (Mt. 13:30). Él pronunciará su sentencia: “Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno, preparado para el diablo y sus ángeles” (Mt. 25:41). ¡Oh! Que tú y yo estemos entre la cosecha y no entre la vendimia⁹. Como recordarás, hay dos reuniones mencionadas en el Apocalipsis. La *cosecha* es la reunión de los justos; ellos son cuidadosamente alojados en el granero de Dios. La *vendimia* es la reunión de los malvados; ellos son arrojados al lagar de la ira del Dios todopoderoso: “Fue pisado el lagar fuera de la ciudad, y del lagar salió sangre hasta los frenos de los caballos” (Ap. 14:20).

Ahora, ¿cómo puedo saber si pertenezco a esa porción de la que Cristo es las primicias? Pues, así: Si Cristo resucitó por mí y, si yo resucité en Él, entonces morí en Él. Oh, alma, ¿crees que Cristo murió por ti? ¿Tienes parte en su pasión? ¿Esperas en sus agonías? ¿Descansas en su cruz? Si es así, Aquel que murió por ti, también resucitó por ti, y tú eres parte de ese sagrado grupo del cual Cristo fue la ofrenda santa. ¿Has muerto tú mismo con Cristo? ¿Estás muerto para el mundo? ¿Odiás las cosas que antes amabas? ¿Te has liberado de tus antiguos placeres? ¿Buscas algo más elevado y mejor? ¡Ah! Entonces, si has muerto con Él, has resucitado con Él. Dime ahora, ¿deseas ser uno con Cristo? Pues si eres uno con Él en el corazón, serás uno con Él en todos sus trofeos y sus glorias. ¿Dices: “No. No me interesa Cristo”? ¡Alma! ¡Alma! Si mueres con esa mentalidad, no tendrás parte en la primera resurrección; pero cuando los malvados resuciten, entonces despertarás “para vergüenza y confusión perpetua” (Dn. 12:2). Pero si esta mañana, dices en tu corazón: “Creo que Jesucristo resucitó de entre los muertos según las Escrituras, y pongo mi única confianza en Él; Él es para mí toda mi salvación y todo mi deseo”, sigue tu camino; “y te levantarás para recibir tu heredad al fin de los días” (Dn. 12:13); tendrás tu parte entre los santificados; te regocijarás junto a Él y te sentarás en su banquete de bodas para siempre.

Tomado de un sermón predicado el domingo por la mañana, el 20 de abril de 1862, en el Tabernáculo Metropolitano, Newington.

Charles H. Spurgeon (1834-1892): Influyente predicador bautista inglés; nacido Kelvedon, Essex, Inglaterra.



⁹ **Vendimia** – Cuando se recogen las uvas para ser exprimidas y convertirlas en vino; en sentido figurado, la ira de Dios.